

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

EL DECIMO SENTIDO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

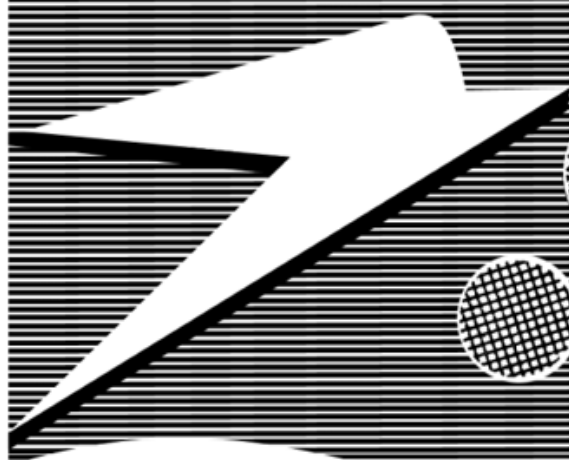
EL DECIMO SENTIDO

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



cb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

EL DECIMO SENTIDO

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
97**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 16.908 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1972

© **MARCUS SIDEREO - 1972**

texto

© **ANTONIO BERNAL - 1972**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

92. — Un planeta llamado Khisdal — A. *Thorkent*

93. — Orbita de locura — *Joe Mogar*

94. — La bomba total — *Glenn Parrish*

95. — Rastros en el Espacio — A. *Thorkent*

96. — Yo nací... mañana — *Curtis Garland*

CAPITULO PRIMERO

Nekor, único tripulante de la *K especial II*, elevó su mirada hacia la bóveda transparente y observó un resplandor amarillento propio de la Ruta del Sol.

Pulsó uno de los botones del pupitre para establecer conexión con la base.

No tenía necesidad de hablar para ser comprendido.

Utilizó el *octavo sentido* para transmitir:

—Ruta normal. Sin variaciones.

Por el mismo procedimiento recibió la respuesta.

—¿Cómo va la *línea*?

Observó la pequeña pantalla situada al lado del botón. Era uno de los últimos descubrimientos del habitáculo *Rott*.

La pantalla transmitía una línea continua, inalterable, una raya sin fin.

—Normal —transmitió el piloto.

—¿Ha observado alguna oscilación?

—En absoluto.

—Debe estar seguro, Nekor.

—Estoy seguro.

—Entonces regrese —fue la orden que captó.

Volvió a pulsar el botón y observó nuevamente la pequeña pantalla.

La *línea* seguía discurriendo horizontalmente. Semejaba la señal de un antiguo electrocardiograma, pero sin oscilación, ni latido. El electrocardiograma de un muerto.

—La *línea* —pensó—. ¿Qué extraño misterio es este?

Pulsó el mando correspondiente y la *K especial II* viró en el

espacio y se alejó rápidamente de la zona del resplandor amarillento.

Un cuenta velocidades indicaba los puntos de distancia que avanzaba, y otro indicaba los que faltaban todavía para llegar a la base.

Y entre tanto...

Bajo la cúpula que cobijaba el departamento de investigación particular del profesor *Noah*, se hallaba el Jefe Supremo de la Defensa y el Primer Médico del habitáculo.

El Jefe Supremo estaba pendiente de las manipulaciones que efectuaba el Primer Médico tras la *Gran Pantalla*.

Una computadora indicaba que las radiaciones estaban al máximo y a través de la pantalla de la altura normal de un humanoide podían verse millones de puntitos de diversos colores que se movían como si tuvieran vida propia.

El Primer Médico pulsó un último botón y preguntó :

—¿Puede oírme, profesor?

No obtuvo respuesta.

El Jefe Supremo se acercó un poco más.

—Es inaudito... —transmitió.

La respuesta del médico fue concisa:

—Es peligroso.

—¿La atomización de la materia?

—Si, Gorky. Eso que ve ahí es el profesor. Millones de células.

—¿Y puede oírle?

—Es lo que estoy tratando de averiguar... ¡Profesor! Conteste por el procedimiento primitivo, es decir: con la voz.

El médico esperó unos instantes y por fin por el altavoz situado en la parte superior derecha de la gran pantalla, surgió una voz potente, clara.

—Le oigo y puedo hablar, Gali.

—¿Ve algo, profesor? —inquirió el médico utilizando también la

palabra normal.

—No... Pero mantenga las radiaciones.

—Es demasiado peligroso, profesor. Voy a desconectar.

—No lo haga, Gali. No lo haga. Necesito ver lo que significa esta línea...

—Llegamos al tiempo límite, profesor. No puedo arriesgarme.

—¡Tonterías! El que se arriesga soy yo, y estoy perfectamente.

—En las pruebas se demostró que pasado el tiempo límite la materia se volatiliza. Tengo que desconectar, sino... no podrá usted materializarse.

—Sólo unos momentos, doctor. Necesito saber dónde conduce esa línea.

El médico pidió con el *octavo sentido* el parecer del Jefe Supremo Gorky.

La respuesta fue:

—Desconecte.

El médico manipuló en los aparatos y el brillo intenso que podía verse a través de la pantalla fue palideciendo.

Los millones de células multicolores comenzaron a formar una masa informe, luego se descompuso en extrañas formas. La pantalla pasó por diversos colores mientras las radiaciones iban descendiendo.

Los aparatos de medición retrocedían sus agujas hacia el cero.

La pantalla se tornó súbitamente negra, luego desapareció todo vestigio de luz y volvió el color opaco natural.

El médico observó bien todos los aparatos. Su diestra empuñó firme la palanca final.

La luz volvió poco a poco a la pantalla.

En el cristal opaco se siluetó una forma humanoide sin rostro, sin facciones, sin cuerpo, como algo transparente.

Luego en los siguientes momentos un trenzado de vasos sanguíneos comenzó a circular.

Y como emergiendo de la nada, fue perfilándose el humanoide hasta alcanzar la forma y el aspecto por el que todos conocían al profesor Noah.

Su voz se dejó oír para ordenar.

—Puede soltar la palanca, Gali.

El médico obedeció y el profesor totalmente materializado apareció por la puerta de la cabina situada tras la pantalla.

—Debió haberme hecho caso, Gali. Hemos hecho esto por nada.

—¿Qué ha visto? —preguntó el Jefe Gorky.

—Nada. Sólo la línea... Esta línea que algunas veces oscila.

—¿No hay posibilidad de que se trate de un error, Noah? —inquirió el Jefe Supremo.

—No. No puede haber error. Estoy convencido.

—Los radares no indican nada.

El profesor clavó la mirada en el Jefe y en tono lúgubre manifestó:

—Usted sólo cree lo que ve, Gorky, pero hay otros que ven en *la distancia*. Y yo estoy empezando a hacerlo.

El médico intervino ante la incredulidad del Jefe Supremo.

—La teoría de un cerebro radar no es nueva, Gorky, pero el profesor va más lejos. Son todas sus células vitales las que actúan. Lo que pretende es sensacional. Algo que nos pondría al nivel de los habitáculos super-desarrollados.

—¿Y qué habitáculos son esos, Gali?

—Es un misterio, Gorky.

—No. No es un misterio. Existía el satélite Brunus. Sus habitantes pretendieron atacarnos y los destruimos. Ya no existen, ni existe el satélite. Con ello se acabó la vida del Cosmos. Sólo existimos nosotros. Nuestros radares no han detectado nada. *La línea* sigue siempre con normalidad. No hay oscilaciones...

El profesor Noah intervino con su tono lúgubre, siempre hablando con *el octavo sentido* :

—Sí hay oscilaciones, Gorky. Yo las veo. Esta es la diferencia entre el poder de una máquina y el de las células vivas.

—¡Noah! —adujo Gorky con expresión autoritaria—. Tendré que prohibirle que pierda el tiempo en esas cosas. Le necesito para asuntos más importantes y más reales. Olvídense de sus quimeras. ¡Ah! Y necesito cuanto antes un informe completo sobre la reacción de los nuevos metales.

El Jefe Supremo y el médico salieron de la cúpula, en el momento en que de una puerta inferior aparecía la humanoide. Era Zoila, la hija de Noah.

—He interceptado vuestra conversación, padre —dijo ella—. No hagas caso, sigue trabajando. Yo te ayudaré.

El profesor sentado tras su pupitre electrónico bajó la cabeza.

—Comprendo lo que te sucede, padre —siguió ella—. Estás aturdido por las trabas que te ponen. Y además cansado. Lo noto.

—Es esa *línea*, Zoila... Esa *línea*... Ahora mismo la presiento. Se inclina, se retuerce... Sé que es algo. Algo muy... muy lejano, pero existe... Existe, Zoila. Existe... Sí... Se está doblando, se dobla hasta el máximo.

—Padre... Esto puede significar que nos amenaza un terrible peligro.

—Es posible, Zoila. Si pudiera captarla en su totalidad y localizar su emplazamiento... Pero no sé... No sé qué es la cosa, de veras, pero sigo viendo la línea, Zoila. La sigo viendo.

Y el profesor Noah entornó los ojos y se concentró como si estuviera en trance.

Su hija iba captando desde el cerebro de su padre la misma palabra constantemente repetida:

—La línea... La línea... La línea.

CAPITULO II

Diminutos puntos brillantes cubrían por completo el firmamento.

En una de las cúpulas de paseo. Nekor y Zoila contemplaban aquellas lejanas luces.

—Los conozco casi todos. Aquel es Tor, el planeta azul. No hay vida. Es imposible allí. Al lado está Corpus, sumido siempre en la oscuridad. Entre los dos está Transky. Es una masa helada. El único lugar posible que dentro de millones de períodos pueda brotar la vida.

—Tú has estado en todos. ¿Verdad, Nekor?

—En todos es imposible, pero los he visto volando. Y han quedado registrados en el contador, con las características, la atmósfera.

—¿Y jamás has visto oscilar tu línea?

—No, nunca.

—Papá está seguro de que algo se mueve muy lejos.

—Sí, lo sé —repuso el piloto—. Es una lástima que no lo dejen investigar.

—Gorky sólo cree lo que ve.

—Es un gran Jefe. El procura por la seguridad del país.

—Tú le aprecias mucho, ¿verdad?

—Eso no quiere decir que no sepa reconocer sus defectos. La perfección no se ha conseguido, pero sí... Sí. Le aprecio. Todo lo que soy se lo debo a él.

—Y eres mucho. Piloto de un K especial. Formas parte de los elegidos.

Nekor y Zoila quedaron unos instantes mirando los puntitos luminosos del firmamento.

Aunque la técnica no había llegado a descubrir el pensamiento ambos podían imaginar lo que estaban cavilando en aquellos momentos.

—Me gustaría que el *noveno sentido* fuera una realidad —murmuró él.

—¡Oh! —exclamó Zoila—. ¿Tratas de querer conocer mis pensamientos, Nekor?

—Sí.

—Se dividen en dos seres. Tú y mi padre. Lo sabes.

—Hablaré con Gorky, Zoila. Pediré un permiso para que tú y yo podamos unirnos. Pasar juntos una temporada en el Jardín del Amanecer. ¿Te gustaría?

—No lo preguntes, Nekor. Tú sabes que sí...

Aquella idílica escena fue interrumpida por el transmisor de bolsillo de Nekor.

El zumbido intermitente indicó que alguien quería hablar con él.

—Es la señal de Gorky —dijo.

—¿Qué querrá ahora? —murmuró ella.

—Los pilotos de los K Especial estamos siempre de servicio. Esta es la norma.

Desconectó la llamada para pasar a la escucha. Como de costumbre Gorky habló con el *octavo sentido*. Era el método idóneo para la comunicación de ser a ser a través de los transmisores. De este modo cualquier otra persona que estuviera tanto en el lugar de emisión como de recepción no podía escuchar lo que el comunicante decía.

Así, por ejemplo, Zoila únicamente podía captar las respuestas mentales de Nekor.

—Sí —repuso él.

Ella ignoraba que el Gran Jefe Supremo le había preguntado si en aquellos momentos estaba con ella.

—Ven a mi cúpula. Necesito hablarte —fue la siguiente comunicación del Jefe Supremo.

—¿Ahora mismo? —inquirió Nekor.

—Sí. Ahora mismo —fue la respuesta.

Nekor cortó y se volvió hacia Zoila.

—Tengo que dejarte.

—¿Es urgente?

—Quiere verme.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—Puede que sea secreto.

—No hay grandes secretos, ahora. Nos veremos mañana si es posible. Saluda a tu padre.

—Sí, Nekor.

Se despidieron con el característico saludo cariñoso que consistía en cogerse mutuamente de los brazos.

Zoila irradiaba un sentimiento apasionado que no podía disimular pese a la habitual frialdad que era la característica principal entre los humanoides del habitáculo.

También Nekor sentía vehementes sentimientos ante la fémina de la especie.

—Hasta mañana —repitió el piloto.

Un bólido a propulsión le condujo a través de un corredor entre cúpulas a la residencia oficial de Gorky que le esperaba tras el gran salón de órdenes.

En una de las paredes podía verse el plano luminoso de todo el habitáculo, con la zona residencial, el núcleo oficial, las bases, los puestos de defensa y la fortaleza subterránea.

En un ángulo, un completo computador electrónico, transmitía constantemente información oficial y privada de todo lo que ocurría en el lugar.

Desde la acristalada pared que en forma de semicírculo se hallaba al otro lado de la pared podían verse las cúpulas del habitáculo en su zona oficial y a lo lejos los espacios libres, perfectamente iluminados. Los hangares subterráneos que guardaban los vehículos para los largos desplazamientos oficiales.

Los corredores (calles), elevadas que se comunicaban entre las cúpulas eran surcadas por pequeños bólidos bi-plaza de materia deslizante que corrían rozando el piso metálico a velocidades que en el habitáculo se estimaban como absolutamente normales, aunque un terrícola del siglo veinte hubiera estimado que aquellos bólidos

elementales hacían los viajes a una velocidad uniforme de mil kilómetros a la hora terrestre, con parada y arranque instantáneos.

—Aquí estoy, Jefe Gorky —anunció por el *octavo sentido* el piloto.

Pasó a su presencia y Gorky le indicó una de las sillas de la cúpula, de las que estaban frente a la gran mesa central. Gorky ocupó la del otro extremo.

Nekor sabía que aquella mesa era para celebrar los grandes consejos, un lugar reservado únicamente a los importantes, a los Primera Serie del habitáculo.

El era únicamente un agente de servicio aunque de clase privilegiada.

—Nekor. Tú eres inteligente —empezó el Jefe Supremo *hablando* de viva voz como si quisiera escuchar sus propias palabras.

—Procuro superarme, Jefe Gorky.

—Lo sé. Eres estudioso e inquieto. Por eso y dado tu contacto con Zoila y su padre me gustaría hacerte una pregunta, referente al profesor. —Hizo una pausa y soltó—: ¿Qué opinas de su experimento?

—No lo sé, pero si consigue controlar su radar cerebral habremos dado un gran paso —repuso el piloto.

—El *décimo sentido* —murmuró el Jefe Supremo—. Sí... Algo sensacional... Pero... ¿Cuántas personas podrían gozar de los mismos privilegios?

—Lo ignoro, Jefe Gorky.

—El ser que consiga semejante radar tendría un privilegio sobre los demás... ¿Te das cuenta?

—Sí, desde luego.

—Tú conoces y acatas las leyes que rigen nuestro habitáculo.

—Por supuesto.

—Nadie, absolutamente nadie, según la ley puede ser superior a la cabeza visible del mando supremo.

—Creo que así debe ser.

—Nekor. Por tu amistad con la hija del profesor te exijo la

máxima reserva.

—Puede contar con ella, Jefe Gorky.

—Voy a desautorizar a Noah.

—¿Desautorizarle?

—Sí, Nekor. Es un ser cansado, viejo. Ha trabajado demasiado. Me he propuesto que Sonher realice los experimentos oficiales. Ya he ordenado el primer encargo.

—Pero... Noah es un hombre eficiente.

—Por supuesto, Nekor. Todos los componentes del mando deben ser eficientes. Como tú, por ejemplo. He dispuesto que se te nombre jefe de los Servicios K. Serás un Primera Serie. Tienes un gran porvenir, Nekor.

—Gracias, Jefe Gorky. Sobreestima mis méritos y le aseguro que me haré acreedor a su confianza, pero...

—No he terminado todavía. En un futuro no lejano tal vez me decida a abandonar la jefatura suprema del habitáculo.

—¡Jefe Gorky!

—Sí, sí... Voy a proponer el cargo de Interventor, o supervisor general. Me quedaré al margen de todo, pero con opción a tomar las riendas del poder si algo importante lo aconsejara, y nombraré un Jefe Supremo, de acuerdo con las leyes. Un jefe cuyo nombramiento deberá ser refrendado por la cámara de los Primera Serie. No habrá dificultad alguna en que... te acepten a ti.

—¿Yo... Jefe Supremo?

—Con el tiempo, si tu nueva situación demuestra que no me he equivocado... Lo serás. No es un puesto fácil, Nekor. Hay que trabajar, pensar en todo, acudir a todos los problemas. Nunca los consejeros *ven tanto* como él que está por encima de ellos. Sí. Es un cargo difícil a veces, pero tiene sus compensaciones. Sobre todo saber que los desvelos propios aseguran el bienestar de toda la comunidad.

—Estoy... verdaderamente confundido, Jefe Gorky.

—Esto demostrará sobradamente la confianza que he puesto en ti. Desde este momento te iré formando para que seas un Jefe digno como he sido siempre. A veces hay que olvidar los sentimentalismos,

anteponerse a toda cuestión que no emane de la razón y sobre todo de acuerdo con la ley, olvidarse de las hembras de nuestra especie.

Nekor quedó pensativo.

—Esto debe quedar secreto entre tú y yo —atajó rápidamente el Jefe Supremo.

—Comprendo, pero...

—Olvida a la hija del profesor. Esta es condición indispensable.

—Acabo de prometerle... —empezó el piloto.

—Nunca hay que hacer promesas, Nekor. Nunca.

—Tendré que hablar con ella.

—¡Nada de lo tratado! —ordenó el Jefe Supremo Gorky.

—Entonces... ¿Qué debo decirle?

—Un Jefe de Especiales K no debe dar explicaciones.

—¿Podré verla... sin embargo?

—Sí. Pero te aconsejo que aproveches mejor tu tiempo libre. Ahora necesitarás aprender más cosas. Historia Remota, por ejemplo. Es importante conocer las costumbres de nuestros antepasados.

—¿Y el profesor?

—A él menos que nadie. Sobre todo en lo concerniente a su desautorización.

Nekor quedó pensativo.

—Esto es todo lo que tenía que decirte, Nekor. Mañana tendrá efecto tu nombramiento oficial. Te harás cargo del mando absoluto de los pilotos de los K Especiales. Tú dictarás las misiones.

—Sí, Jefe Gorky —aceptó el joven piloto.

—¡Ah! Te aconsejo que repases los planos de las rutas. Insisto en que no creo absolutamente en ese radar especial del profesor Noah, pero la Ruta del Sol siempre me ha parecido la más peligrosa. Pueden existir canales inexplorados. Conviene estar prevenidos.

—Creo que no hay peligro. En toda nuestra galaxia no existen planetas habitados, acaso lo fueron, pero ya no hay vida en ellos.

—Por si acaso, Nekor, por si acaso. Nunca hay que olvidar la defensa. Esto es todo.

Nekor salió de la cúpula con la alegría del nombramiento inmediato y del futuro que le esperaba. ¡El, Jefe Supremo del habitáculo!

Sin embargo, el tener que renunciar a Zoila ensombrecía aquella alegría natural.

Y luego estaba lo del profesor Noah.

El apreciaba a Noah y creía firmemente en la posibilidad del descubrimiento de aquel radar que significaría el décimo sentido de los humanoides.

El décimo, aunque el nueve no estuviera todavía inventado...

El nueve consistía en la captación del pensamiento. Ciencia en la que estaba trabajando otro de los científicos del habitáculo.

Condujo su bólido hasta la cúpula de los pilotos de los K Especiales en la que ocupaba un compartimento.

El veterano Burr se hallaba en la biblioteca. Solo. Al ver entrar a su compañero pensativo murmuró:

—¿Algún disgustillo con Zoila?

—¡Hola, Burr! No sabía que estuvieses aquí. No te había visto.

—Ya me he dado cuenta de que estabas distraído. Te estaba esperando. ¿Sabes?

—¿A mí? ¿Por qué?

—He estado hablando con el profesor Noah. Bueno... en realidad no es la primera vez.

—Sí. Sé que sois amigos.

—Amigo, tú tienes amistad con el Jefe Supremo y tal vez puedas ayudarme. Ya sé que lo que voy a pedirte no es muy corriente, pero... alguien debe ayudarme.

—¿De qué se trata?

—De experimento del profesor. El nuevo radar.

—¿Que tienes tú que ver con eso? —inquirió Nekor mirándole

fijamente.

—Me gusta la ciencia, Nekor. Siempre quise ser científico, pero me eligieron para los especiales K.

—Es una deferencia. Un premio a tus méritos.

—Lo sé, lo sé, Nekor, pero estaría más a gusto con el profesor.

—¿Y quieres que hable a...? No, no. Lo siento. Esto no puedo hacerlo.

—¿Por qué? A ti no te niega nada. Eres su predilecto.

—Tal vez, pero esto no puedo hacerlo.

—Nekor. Vivimos en un habitáculo maravilloso. En los libros — señaló el que estaba leyendo y añadió—: se habla de antiguos problemas. De gente que había vivido mal con dificultades, habla de...

—He leído esos libros, o me he informado a través de las pantallas educativas, Burr. Sé todo lo que hay que saber.

—Entonces... ¿Para ti... todo es perfecto de verdad?

—¿Qué nos falta?

—Algo... algo que antes con todas las penalidades existía, Nekor. Algo que desde hace muchas generaciones se ha olvidado.

—Bien. Dime qué es.

—Libertad, Nekor.

—¿Qué?

—Te asombra oír esta palabra, ¿verdad?

—No te comprendo.

—No somos libres. Nos eligen.

—Nos eligen para lo que somos más idóneos, por eso somos casi perfectos.

—¡No somos perfectos!

—He dicho casi.

—Nekor. Escúchame, no puede existir perfección si no se es libre.

—¿Qué te falta?

—Elegir.

—¿Elegir qué?

—Lo que más me convenga.

—Eres el mejor piloto.

—De acuerdo. Lo soy, pero quisiera ser científico, ayudante del profesor Noah, por ejemplo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque podría ser útil.

—Ya lo eres ahora.

—No piensas, Nekor. O te niegas a comprenderme. Tú eres inteligente. ¿Es que no me comprendes?

—¡No!

—Sí. Pero te niegas a admitirlo.

—Soy disciplinado.

—De acuerdo. Se puede ser disciplinado y comprender al mismo tiempo. Yo quiero ser científico. Hay muchas cosas por descubrir.

—Tenemos ocho sentidos. Más de los que hablan los libros antiguos. ¡Ya sé que hay cosas por descubrir! Se descubrirán con el tiempo.

—Y yo podría contribuir. Sé que estoy preparado para ello. Tengo disposición.

—¿Cómo lo sabes?

—Nekor. Es un secreto. A ti voy a decírtelo. Creo que así podrás comprenderme mejor.

Hizo una pausa, luego su pensamiento volvió a transmitir las mudas palabras que Nekor captó perfectamente.

—Ese radar del profesor Noah existe. Lo he experimentado en mi propio ser.

—¿Qué dices?

—¡La línea, Nekor, la línea! Yo la *he visto*. Una línea continua como una pantalla colocada en algún lugar de mi cerebro. Una línea que se tuerce, que se dobla. Es una señal de peligro. Una señal que los detectores normales no captan. Es el radar humanoide. ¿Comprendes ahora, Nekor? ¿Comprendes por qué quiero trabajar en colaboración con el profesor Noah?

CAPITULO III

La línea discurría monótona sobre la primera pantalla del habitáculo.

La sala privada del departamento de defensa, reservada únicamente a los miembros del departamento se había abierto para dar paso a Nekor por orden especial del Jefe Supremo.

Sonher, el que había de ser sustituto del profesor Noah estaba presente examinando igualmente la pantalla.

—¿No puede existir ningún fallo, Sonher? —preguntó el piloto tras un largo tiempo de concentración en aquella línea que seguía imperturbable.

—Es lo más perfecto que existe.

—Pero puede existir un fallo...

—¿Te has dejado impresionar por mi colega Noah? —repuso sarcástico el profesor Sonher.

—¿No cree en el décimo sentido? —preguntó a su vez el piloto.

—Creeré cuando lo vea por mí mismo. Voy a construir una pantalla desmaterializadora.

—¿Usted?

—Por encargo del Jefe Gorky. ¿Te sorprende?

—No, no.

—Sé que anoche habló contigo. Entre nosotros no pueden existir secretos.

El piloto guardó silencio.

—¿No me crees capaz de poder llegar hasta donde ha llegado Noah? —inquirió el profesor.

—¿Por qué no?

—Soy tan bueno como él.

—Para llegar donde ha llegado hay que serlo, Sonher. Pero...

Insisto en que puede que exista algún detalle que escape a nuestra mirada. Me refería a esto, profesor. No tiene que ser un fallo técnico precisamente, sino un fallo nuestro. Algo que...

Sonher rió.

—Vamos, vamos. Deja esos pensamientos. Ya te convencerás por ti mismo. Te dejo. Tengo mucho que hacer.

Sonher salió de la gran sala y poco después se entrevistó con el Jefe Supremo.

Su primera pregunta fue:

—¿Crees que verdaderamente puedes fiarte de él?

—¿Cómo te atreves a dudarlo, Sonher? Es lo mismo que si me preguntaran si puedo fiarme de ti.

—Sí. Ya sé que tienes un gran aprecio a ese joven, pero su amistad con Noah le ha trastornado.

—Nekor es fiel. Yo no puedo equivocarme, Sonher. Un gran Jefe nunca se equivoca.

—Lo sé y no he querido ofenderte. Únicamente pretendo prevenirte.

—Gracias por tus consejos, Sonher. Pero yo sé lo que debo hacer.

—No te ofendas, Gorky pero hay algo aquí. —E indicó su cerebro —. Algo que trabaja constantemente en algo más positivo.

—Lo sé. El noveno sentido. La percepción del pensamiento.

—Exacto. Y he hecho grandes progresos. No poseo todavía la fórmula para divulgar el medio de desarrollar ese sentido oculto, sin embargo algo he adelantado.

—Háblame de ello.

—Son síntomas. A veces creo haber hallado el medio. Lo he probado con mis subalternos con resultados esperanzadores.

—¿Has conseguido algo?

—Sólo vaguedades, pero se aproximan a la verdad. Por eso te hablo de Nekor.

—¿Qué has descubierto en Nekor?

—No lo sé, pero de repente siento como unos puntos oscuros en mi cerebro. Algo que indica un movimiento negativo del ser en quien me concentro.

—¿Algo negativo en Nekor?

—Sí, Gorky. Temo que sus sentimientos puedan traicionar su inteligencia, por eso quería proponerte que utilizaras con él un detector especial.

—¿Un detector espía quieres decir?

—Sí.

—¿Con Nekor?

—¿Por qué no? Yo velo por la seguridad común, Gorky. Si Nekor se comporta de acuerdo con tus deseos será un motivo de satisfacción personal para ti poder comprobarlo. Si te traiciona habrás contribuido a ese bienestar general que tanto te ha preocupado siempre.

—¡Nekor no puede ser un traidor! Si lo fuera me habría equivocado y soy infalible, Sonher. Soy infalible —repitió el Jefe Supremo con autoridad y energía de pensamiento.

Sonher hizo una servicial reverencia y comentó:

—Siento que mi celo haya ido demasiado lejos. Te pido humildes disculpas.

—Está bien, está bien. Hablemos del proyecto. ¿Alguna dificultad en el montaje de la pantalla?

—Ninguna, Gorky. Ya he empezado a trabajar. Espero que pronto podamos ejecutar la primera prueba.

—Bien. Nos veremos en la cúpula pública. Tengo que realizar los nuevos nombramientos de acuerdo con el ritual.

* * *

—Quería que tú y tu padre fuerais los primeros en saberlo —dijo el piloto Nekor al profesor Noah y a su hija.

—Te felicito, Nekor —repuso Noah—. Gorky ha sabido calibrar lo que vales. Este es un gran paso. Eres joven y te espera un gran porvenir.

Ella adujo por su parte.

—Ya imagino que esto supondrá un atraso en nuestros planes, Nekor. Me hago perfectamente cargo.

El joven enmudeció.

Aquellas palabras de la muchacha implicaban una esperanza que él sabía completamente inútil. Si aceptaba la jefatura suprema del habitáculo cuando Gorky lo dispusiera tenía que rechazar a unirse con ella. Era la ley. Un Jefe debía estar desligado de todo sentimiento comunitario hacia una fémina de la especie.

Y tampoco tenía opción a rechazar tan alto cargo.

Repentinamente pensó en las palabras de su compañero Burr.

«Libertad. Carecemos de libertad.»

Fue sólo un momento fugaz, pero su cerebro habituado a la disciplina rechazó aquella breve rebelión.

—Hablaremos de esto más adelante, Zoila —murmuró él.

El profesor con tristeza, pero con la gran presencia de ánimo que siempre le caracterizaba adujo:

—Unos suben y otros han llegado ya al final. Como yo.

—¿Qué?

—Sé que van a desautorizarme.

—¿Qué? —La extrañeza de Nekor no era falsa, porque sabía que oficialmente al profesor no se le había comunicado aún la decisión del Jefe Supremo Gorky.

—Mi décimo sentido, Nekor, va estrechamente ligado al noveno. No puedo captar la totalidad de los pensamientos, pero sí algunos. Es como un presentimiento que toma cuerpo. Intercepto el pensar y sé... Lo sé a ciencia cierta de que está decidida mi desautorización.

Nekor pasó de la extrañeza al asombro.

—¡Profesor! Debería hablar con el Jefe Supremo Gorky. Esto es un gran adelanto.

—Llega demasiado tarde, hijo.

—No, profesor. Si quiere después de mi nombramiento...

—No. Gorky no puede volver atrás. Ya ha dado su palabra. No. No puede volver atrás, significaría aceptar un error. Adiós, hijo. No llegues tarde a la ceremonia. Perdona si yo no asisto a ella, quisiera... quisiera concluir algunas cosas antes de que... de que llegue mi desautorización oficial.

Nekor quedó mirando al profesor. Luego volvió los ojos hacia su hija y se dirigió hacia la salida en silencio.

A solas los dos, ella preguntó:

—¿Lo sabías?

El asintió.

—No es justo, Nekor.

—Yo no puedo hacer nada.

—Lo sé, Nekor, lo sé. Pero no es justo. Algo va mal en nuestro habitáculo.

—Calla, no digas esto.

—Sí, Nekor. Algo va mal si desautorizan a mi padre cuando está en el momento más importante de su vida experimental.

Nekor guardó silencio. Se despidió de ella con el clásico sistema. Estaba triste al pensar que jamás podría unirse a Zoila, pero ni siquiera podía tener una lucha interna. Estaba inmerso en la disciplina que durante el más largo período de la historia del habitáculo había imperado. Una disciplina que el primer mandatario del nuevo Régimen había impuesto no con la conformidad de todos. Eran muchas las generaciones que habían nacido y vivido bajo los nuevos conceptos y los humanoides se habían habituado a ella.

Sin embargo...

Nekor se sentó al bólico y miró hacia abajo.

Las rutas por las que transitaban los seres normales, sin cargo estaban llenas.

Los vehículos de transportes privados conducían a los subalternos a ras de suelo.

Los elevadores subían y bajaban en el interior de los acristalados edificios donde se realizaban trabajos comunes.

Nekor pensó en voz alta:

—Me gustaría saber la opinión de toda esa gente.

Pero era tarde, tenía que asistir a la ceremonia de la que él, Nekor iba a ser uno de los principales protagonistas.

* * *

Una multitud detrás de la guardia oficial de la cúpula pública escuchaba silenciosa el breve discurso oficial que el gran Jefe dedicó en honor de los distintos nombrados para otras jerarquías.

El profesor Sonher era uno de los que había recibido el cargo oficial de Primer Profesor del Mando Supremo.

Nekor sabía que al mismo tiempo y por conducto ordinario, el profesor Noah estaba recibiendo su desautorización.

Y así era.

A través de la pantalla de información, la fría voz de una computadora le comunicaba su cese por vía oficial.

La computadora repetía:

—Desde este momento se le prohíben toda clase de actividades científicas.

»En méritos a los servicios prestados, tendrá una residencia en el Jardín del Descanso.

—Esto es el fin —murmuró su hija—. En fin... No puedes prepararte para la última hora de tu vida. Estás en pleno rendimiento, padre.

—He sido siempre disciplinado, Zoila. No voy a dejar de serlo cuando ya en verdad soy viejo y me encuentro cansado.

—Tú no eres viejo, padre. No lo eres.

—Nuestro Jefe Supremo no opina igual.

—Tú muchas veces no has estado de acuerdo con sus observaciones.

—Esto es algo que sólo tú sabes, hija mía. Te lo he dicho en la intimidad de nuestro hogar.

—Pero él debe saberlo. Si nadie le lleva la contraria creará que tiene razón.

—Y la tiene.

—No piensas así.

—Hija, no discutas esto. De nada serviría rebelarse. No lo ha hecho nadie en muchas generaciones.

—Sí. Ya lo he leído. Antes había guerra. La llamada democracia permitía la libre opinión de los Seres. Pero sin necesidad de la técnica la gente era libre, Podía elegir.

—¿Crees que aquella lejana época fue mejor?

—¿Por qué no?

—No, hija.

—Padre... Antes un Ser no era regido por una computadora.

—Las computadoras no tienen corazón, carecen de sentimientos y por eso no pueden otorgar favoritismos.

—Sí. Y ellas eligen el porvenir de los varones. Tras los estudios hay que someterse al test, y ya no hay posibilidad de discutir el resultado.

—En cierto modo eso evita problemas. Cada cual está seguro de que realiza aquello en lo que mejor está preparado.

—Pero no puede elegir.

—La computadora te ahora problemas.

—No lo sé, padre. No lo sé.

—Bueno, de cualquier modo mi caso es distinto.

—No, padre. Viene a ser lo mismo. Te han comunicado tu desautorización sin contar contigo, sigo creyendo que no es justo.

El padre la miró con amor. Ella parecía mucho más apenada que el buen profesor.

El silencio fue bruscamente interrumpido por una especie de punzada que sintió el profesor Noah.

—¿Qué es padre? —preguntó Zoila.

—No, nada.

—Tú has notado algo. ¿Es acaso la línea?

Tras un silencio Noah asintió.

—Sí, hija. Cada vez se hace más perceptible. Creo que si ahora me desmaterializara...

—Voy a llamar al doctor Gali.

—No. No lo hagas. Ya lo has oído. Se acabaron los experimentos.

—Padre. Puedes investigar privadamente.

—No. Está prohibido.

—¿Cómo pueden prohibirte que realices algo en provecho del habitáculo? Deja que llame al doctor.

—Sería desobedecer, hija. No. Esto se ha acabado.

Pero Zoila sabía que su padre en aquellos momentos experimentaba un gran pesar.

CAPITULO IV

No era frecuente ver en la base a una hembra humanoide, pero eran muchos los que conocían a la hija del profesor Noah y su amistad con el flamante Jefe de los Servicios de los K Especiales que en aquellos momentos estaba ya reunido con sus ex compañeros y ahora subordinados.

Se hallaba en una de las salas de un hangar subterráneo ante un mapa espacial.

Con el bastón electrónico seguía indicando los puntos de una ruta imaginaria.

Los siete pilotos de los K escuchaban atentos las instrucciones.

—Iremos por grupos de dos, por parejas. Cada cabeza de grupo establecerá contacto conmigo.

—¿Seguirás pilotando tu vehículo, Nekor? —preguntó uno de los pilotos.

—Por supuesto. Me desplazaré de un lado a otro y permaneceré en contacto constante. Ahora voy a nombrar las cabezas de grupo. Burr.

Se interrumpió al ver llegar a Zoila.

—Disculpen —dijo y avanzó hacia la recién llegada—. ¡Zoila! No deberías estar aquí. Es zona reservada.

—Quiero decirte algo —dijo utilizando el *octavo sentido*—. No podía arriesgarme a que ninguna interferencia detectara mis palabras.

—¿De qué se trata?

—De mi padre. Tienes que hacer algo.

Desde un estudio privado de la base, el profesor Sonher observó a la pareja a través del gran ventanal acristalado.

—Supongo que su desautorización habrá sido un golpe para él.

—Lo ha sido aunque trata de disimularlo.

—Yo no puedo hacer nada, Zoila.

—No te pido que hables con Gorky. Sé que nunca has querido abusar de tus privilegios, pero algo puedes hacer.

—¿Qué es?

—Habla con mi padre. Sé que cada vez adelanta en sus experimentos. Ahora le ha sido ordenada la prohibición de seguir con ellos.

—Es lo normal.

—Está en el momento más importante, Nekor. Es como... como si hubieses dado con una ruta desconocida y antes de fijarla te ordenan regresar impidiéndote poder recordarla en lo sucesivo. No se pueden borrar los caminos de la ciencia.

—La orden es de Gorky.

—¡Lo sé! Y no se trata de ninguna conspiración. Pero yo estoy segura que papá hablará contigo si tú se lo pides. Y seguirá sus experimentos si se lo aconsejas.

—¡Zoila! ¿Me pides a mí que...?

—Sé que es un acto de desobediencia, pero... ¡Oh! Tú también, Nekor. Tú también parece cerrar los ojos a la realidad. Existe una línea en el cerebro de mi padre. Y algo más. Tú lo comprobaste. El conocía su destitución antes de serle comunicada. ¿Tú crees que ahora es el momento de apartarle de la investigación? ¡Nekor! Sólo una vez. Avisa al doctor Gali. Estoy segura que si papá se desmaterializa, en esta ocasión dará un gran paso.

—Zoila. Es tarde. Tengo que partir para una misión Me están esperando.

El profesor Sonher desde su observatorio en la base había dejado toda actividad para observar a la pareja

Con uno de los aparatos de rayo detector invisible enfocado hacia los dos, trató de captar la conversación.

El detector especial llevó hasta él las ondas de los pensamientos. Era el principio del noveno sentido, e de la captación del pensamiento por procedimiento mecánico.

El profesor Sonher sonrió al captar los razonamientos de la hija de su destituido colega Noah.

—Nekor, tú eres la única persona en quien puedo confiar —murmuró la joven antes de dejar al piloto

El quedó unos instantes clavado en el suelo, viéndola partir. Algunos técnicos la observaron. No. No era corriente. Y hasta le comprometía a él como jefe supremo que ya era de la base de los K Especiales.

Se volvió hacia los pilotos.

—Vayan a sus puestos —ordenó.

—¡Jefe, Nekor! —dijo alguien—. Tenía que nombrar a los cabezas de grupo.

—¡Oh, sí es verdad! —Era la primera vez que parecía olvidar algo.

Dio los nombres. Burr había sido el primero, luego nombró a otros dos. Al séptimo de los pilotos dijo:

—Tú seguirás mi ruta, Pilu. —Era el más joven, otro de los que prometía y ya había demostrado suficientemente su eficiencia.

Los pilotos avanzaron hacia sus naves dispuestas ya para la marcha. La bóveda se corrió para dejar paso al despegue.

Burr se aproximó a Nekor.

—Ella también opina como yo —dijo escuetamente. —¿Qué dices? Tú no has podido oír nuestra conversación.

—No, no he podido. —¡Burr! ¿Has captado algo? —He presentado...

—Un presentimiento no es una captación del pensamiento, Burr.

—Es un principio. Estoy iniciado, Nekor. Necesito ejercitarme. La experiencia del profesor Noah sería muy beneficiosa.

—¡Ve a tu puesto, Burr!

—Perdona. Ahora eres el jefe.

—Escucha, Burr. Nada ha cambiado. Yo soy como antes.

—Esto es lo malo, eres como antes, pero eres el jefe.

—Burr, no me pongas las cosas difíciles.

—Yo no te pongo las cosas difíciles. Todo es como es. Y tú no podrás cambiarlo.

—Tratas de conspirar.

—¿Conspirar? El acercamiento a la libertad es un derecho.

—Literatura antigua, Burr.

—De acuerdo. Ahora está prohibida la libre expresión. Nos hemos hecho el efecto de que vivimos Era del más absoluto progreso.

—¿Y no es verdad?

—Según como se mire. Pregunta a la gente normal ¿Cuánto tiempo hace que no has hablado con los Seres que deambulan a ras del suelo? ¿Has entrado en un almacén? ¿Has oído los comentarios? ¿Has pulsado la opinión? Hay otros que piensan como yo. Otros que desean prosperar y les está vedado. Una máquina electrónica ha marcado sus vidas. Un revisor de cerebros, se pasará la vida engrasando una máquina, el basurero recogerá siempre los desperdicios sin opción a cambiar de trabajo, el que graba los mensajes que luego deben transmitir las pantallas perecerá trasmitiendo textos. Habla con ellos. Algún cerebro se ha perdido.

—Nadie se queja, Burr.

—¿Nadie, eh? ¿Cómo van a hacerlo? No está permitido. La vida está controlada de antemano. En nuestro habitáculo no hay problemas —sonrió con cierta amargura—. ¿Es posible que hayas llegado a creértelo tú también?

Hubo silencio por parte de Nekor.

—No te lo reprocho, Nekor. Te has pasado la vida entre libros, entre las enseñanzas de las pantallas de estudio, has tratado de perfeccionarte y en ti es justo que ahora recojas los frutos de ese cargo por el que quiero ser el primero en felicitarte. Pero atiende a la razón, amigo. Escucha a Zoila. Estoy seguro de que ha venido a abogar por su padre.

—¿Cómo puedes...?

—Ya te he dicho que es sólo un presentimiento. Yo te ayudaré si quieres, Nekor. Avisa al doctor Gali. Es un técnico en esa máquina de la desmaterialización.

—Tú sabes...

—Son palabras sueltas, retazos de pensamiento. Es importante, Nekor. Es importante avanzar en este camino. Piénsalo.

Nekor pretendía ser justo. Lo que le acababa de decir Burr, el veterano y gran amigo era una prueba de que había captado algo de aquella conversación sostenida por él con Zoila.

Luego a bordo del aparato que marchaba en cabeza de la expedición de reconocimiento casi no podía concentrarse en el vuelo.

Por segunda vez en un corto espacio de tiempo otras ideas ajenas a lo que estaba realizando enturbiaban su mente. Le hacían ajeno a la misión y no lograba concentrarse.

«Pregunta a los seres... habla con ellos. No todos se conforman con lo que son», había dicho poco más o menos Burr.

Y luego ella, rogándole que tomara parte en una desobediencia que podía considerarse como conspiración contra el mando supremo.

Trató de hacer algo que no había hecho hasta entonces, de juzgar las decisiones del Jefe Supremo Gorky,

¿Había obrado bien Gorky al desautorizar al profesor Noah?

Tuvo qué admitir que no.

Casi se maravilló de pensar *aquello*.

Jamás se le había ocurrido no ya discutir sino pensar si una decisión podía ser acertada o no.

Aquélla no lo era.

No. No era justo que se desautorizara a Noah en un momento supremo de sus dotes de investigador,

—Tal vez... Sí. —Se dijo mentalmente—. Tal vez hable con Gorky. Es un Ser razonable. Me escuchará.

Sus pensamientos le habían impedido oír la señal continua de solicitud de comunicación.

Alguno de sus subordinados insistía en hablarle de algo.

—Jefe, Nekor. ¿Se encuentra bien? —llegó al fin la voz del comunicante por medio del octavo sentido.

—Habla, piloto Nefer.

—He detectado una corriente.

—¿Dónde?

—En el punto tercero de las coordenadas.

—Dame tu situación.

—Sí, Jefe Nekor. Es dieciséis rojo por veinticuatro encarnado. En el mismo centro de la ruta.

—Voy para allá.

El bólido espacial de Nekor viró en el espacio y el piloto imprimió la máxima velocidad.

Para el espacio sin fin el vehículo espacial parecía no moverse. La velocidad era relativa, pero el cuenta velocidades indicaba que había llegado casi al tope del poder del bólido.

Las toberas despedían el invisible humo del combustible quemado y el bólido llegó por fin al punto de las coordenadas que había indicado el informador Nefer.

—Te veo, Nefer. Pero no observo la corriente.

—La he perdido, Jefe Nekor.

—La ruta es la misma.

—Sí, Jefe Nekor. Esto es lo que marca el gráfico, pero yo diría que algo ha variado. Es como si la aguja estuviera sujeta por algo.

—¿Quieres decir que te has desviado sin que quedara registrado?

—Ya sé que es prácticamente imposible. Pero la corriente existía.

—Voy a echar un vistazo. Mantente en la zona.

—¿No quiere que vaya con usted? —inquirió Nefer.

—No. Daré una vuelta por Sibelius. Es ese planeta que hay ahí enfrente.

—Permaneceré en contacto, Jefe Nekor.

Nekor cerró y proyectó el vehículo hacia el planeta indicado.

El bólido volvió a aumentar la velocidad hasta entrar en la zona de influencia del planeta totalmente muerto.

Con la mirada puesta en la pantalla del indicador fue detectando las características del planeta.

Las conocía de sobras, pero a Nekor le gustaba comprobarlo todo, más de una vez.

Y en la pantalla aparecieron vestigios de antiguos cauces fluviales completamente desecados.

Las rocas erosionadas parecían indicar graves transformaciones habidas en milenios de períodos.

Cráteres que podían verse en la distancia.

Soltó los mandos dejando que el bólido siguiera su curso.

Comprobó una vez más que no había zona de atracción, razón poderosa para considerar totalmente muerto el planeta.

Descendió impulsando los mandos hasta rozar prácticamente las cumbres de las montañas.

Una enorme cavidad formaba un precipicio desigual.

«Es una antiguo mar», pensó.

Todas las pantallas transmitían informes con absoluta naturalidad.

El bólido prácticamente lento recorría una zona arenosa. Un desierto inmenso que no resultaba extraño para él. En su habitáculo había zonas como aquella, inhóspitas, carentes de agua, de vida.

El bólido iba a elevarse sin que el indicador correspondiente señalara corriente alguna.

El rayo del Astro Sol pareció oscilar un momento y Nekor prestó atención a algo que se hallaba al fondo de lo que parecía un lago igualmente desecado.

Sí. Era la primera vez que en sus excursiones por el lugar podía ver aquello.

Era un reflejo, como algo brillante, imposible de definir.

Observó de nuevo la pantalla detectora de objetos extraños no cualificados. La aguja no se movía.

Tampoco la línea mostraba oscilación alguna. Para el radar aquel

objeto brillante no era nada detectable.

De nuevo dirigió el bólido hacia el lugar donde había aparecido «la cosa».

A medida que avanzaba el objeto tomaba forma tangible.

—Una bola. Una bola de tamaño suficiente para albergar el cuerpo de un humanoide.

Proyectó una circunferencia en torno al objeto que seguía inmóvil en una hondonada formada por las rocas calcinadas del fondo de la depresión.

Anotó mentalmente mientras accionaba el botón del pupitre destinado a grabar las incidencias de los vuelos para posterior constancia. Venía a ser como una especie de «diario» que el cerebro retenía en su «memoria» para su repetición.

—Es una bola menos brillante de lo que parece en la lejanía. Estoy volando a una distancia de seis cuerpos en derredor de ella. La bola tiene patas... Posiblemente se trata de un efecto óptico... ¡Un momento! Observo que mi oscilador detecta una corriente... Nunca había sucedido antes... No sé si se trata de un objeto movible. Voy a describirlo nuevamente. Bola con patas, es de metal opaco no reflectante. Sin embargo he captado un rayo. Puede que influya algo la distancia o la posición del Astro Sol. Voy a tratar de averiguar personalmente de qué se trata, aunque imagino que se trata de una roca metalizada. Las patas sin duda son piedras erosionadas que forman la caprichosa manera de tenerse de ese objeto. Mis detectores no señalan nada. Pongo en marcha la pantalla memorizadora.

Pulsó otro botón y en otra de las pantallas aparecieron instrucciones que Nekor conocía perfectamente.

—Utilice la escafandra cuando descienda. No olvide la mochila y las armas.

El piloto dejó que el bólido se posara sobre la superficie y pulsando un botón dejó que la escafandra bajara automáticamente del techo del bólido hasta quedar ajustada al cuello de su traje.

La mochila estaba detrás de su asiento, iba provista de dos toberas posteriores y una en la parte anterior. La tobera de esa parte delantera se ajustaba a un orificio de la escafandra y permitía respirar el oxígeno necesario.

Se ajustó la mochila con una correa metálica que cerraba por la

parte delantera a la altura de la cintura y pulsó uno de los tres botones de mando, para comprobar el funcionamiento del oxígeno.

Todo estaba en orden.

En la parte delantera se ajustó un estuche de armas. Era relativamente pequeño, igual que las tres clases de armas que contenía. Las examinó subrepticamente.

Una era una especie de cuchillo, un estilete casi, con mango de material metálico.

La otra era un revólver casi diminuto que los antiguos del planeta Tierra hubiesen confundido con un «Derringer».

Por último, la tercera arma tenía la forma de un viejo martillo neumático pero como de juguete, cabía perfectamente en el espacio por él reservado en la funda. Pulsando un botón, Nekor decidió salir del aparato. Estaba convencido de que las precauciones eran innecesarias, porque aquel planeta carecía de vida.

Sin embargo, oculto entre las rocas un par de ojos le estaba observando fijamente.

CAPITULO V

Nekor se aproximó a la «bola».

No. No era una roca erosionada. Se trataba de un objeto fabricado en lugar distinto.

Las patas igualmente metálicas le sostenían a cierta distancia del suelo.

El objeto provisto de una corta escalerilla igualmente mecánica estaba cerrado herméticamente.

Nekor subió los peldaños y trató de abrir la puerta. Una ranura casi invisible indicaba el puesto de entrada, pero era imposible forzar aquello.

Sacó de su estuche el diminuto martillo neumático, pero de repente notó como si una fuerza irresistible le impidiera utilizarlo,

Guardó el martillo y descendió la escalera dando la vuelta al objeto.

Observó entonces un visor transparente, pero estaba demasiado alto para que pudiera encaramarse.

Pulsó uno de los tres botones del cinturón metálica y grabó:

—Parece que se trata de una nave de otro planeta. Debe llevar muchos períodos aquí. Sin embargo su conservación es buena. Tal vez algún tripulante se extravió y fue a parar a Sibelius. Voy a observar el interior. Para entrar tendría que perforar la puerta y es... es una lástima estropearlo.

Lo último pareció decirlo sin voluntad propia.

—Es una lástima, estropearlo.

Pulsó a continuación el último de los botones. Las toberas de la parte posterior de la mochila despidieron sendos chorros de gases y Nekor se elevó lentamente hasta situarse a la altura del visor. (A unos cinco metros terrícolas del suelo).

A través del cristal especial casi no podía ver nada. El reflejo del sol actuaba como espejo y le devolvía la imagen. Tomó el revólver y apretó el gatillo pulsando a la vez un resorte.

No surgió ningún disparo, pero la boca del arma se iluminó y como una linterna super-poderosa alumbró todo el interior del objeto.

Nekor miró todos los rincones e informó:

—En efecto, se trata de una nave. Es distinta de las nuestras. No entiendo muy bien los mandos. Lo que veo es una computadora, parece más simple que las nuestras. No hay nadie dentro... —Siguió observando y añadió—: Sólo hay sitio para una persona. Asiento de tipo extensible, también es distinto que los nuestros. Voy a comprobar el metal.

Continuó en su posición elevada y utilizando el cuchillo o pequeño estilete del estuche, cambió ligeramente de lugar y aplicó la parte puntiaguda del arma al metal.

De nuevo pareció que algo le impulsara a sacarlo.

Trató de continuar el experimento, pero sintió otra vez aquella fuerza que parecía dominar su mano

—Sucedre algo extraño —comunicó para que quedara grabado en el registro de la escafandra que automáticamente pasaría al Cerebro de la Nave cuando volviera a ella.

Pero... ¿Volvería?

El par de ojos relucientes seguían observándole entre unas rocas, era alguien que permanecía oculto. Alguien que había seguido observando todos sus movimientos.

—Tengo la sensación de que algo o alguien me empuja a alejarme. No me gustaría tener que destrozar esa extraña nave. En cuanto compruebe cómo y de qué esta hecha la uniré a la mía para llevarla hasta el habitáculo,

La fuerza que parecía dominarle cedió y Nekor apoyó de nuevo la punta del estilete al metal.

Entonces pulsó un resorte del mango de lo que además de arma venía a ser como un aparato detector de metales y se encendió una lucecita.

—No... No es material conocido. —Volvió a accionar el resorte y aparecieron unos signos—. Está construido en otro planeta. ¿En cuál?

El descubrimiento le dejó un tanto perplejo. Estaba seguro de aquel objeto no estaba allí en los otros viajes que realizó y pasó cerca

del planeta Sibelius.

De cualquier forma había algo que demostraba que los aparatos tenían algún fallo y que el radar en modo alguno había detectado la presencia de aquella nave desconocida.

Pulsó el botón correspondiente al descenso y de nuevo quedó sobre la superficie del suelo.

Caminó hasta su vehículo y subió a él para hacer una nueva comprobación con el radar.

La línea continua no indicaba proximidad de objeto alguno.

Volvió a grabar:

—El metal de que está construido no es detectable. Habrá que estudiarlo. Voy a intentar atraer la nave extranjera para acoplarla a la mía y llevarla al habitáculo.

Cortó la comunicación y volvió a sentir aquella extraña fuerza que en esa ocasión parecía advertirle.

—Vuélvete despacio y no te asombres. No soy un enemigo. No soy un enemigo.

Quien quiera que le impulsase a «sentir» aquello utilizaba un procedimiento análogo al usual en el habitáculo, pero de forma distinta porque además poseía una fuerza como de atracción y hasta de persuasión.

Quiso arrancarse aquella impresión y su instinto le hizo tomar el revólver.

Se volvió.

Estaba en la plataforma de acceso al bólide. Frente a él tenía a un humanoide de estatura aproximada a la suya. Utilizaba un traje espacial plateado y no llevaba escafandra alguna.

El humanoide tenía también un arma en la mano. Era de cañón largo y la sujetaba por una palanca de la que surgía el gatillo.

«Yo también tengo un arma... No sé cuál de las dos es más poderosa, pero estoy seguro que ambas sirven para destruir... No nos destruyamos mutuamente... Soy piloto y científico. Escúchame...» — Eso era lo que le estaba indicando el recién aparecido.

—¿Puedes comprenderme? —preguntó a su vez Nekor utilizando

el octavo sentido.

—Puedo comprenderte y además sé lo que piensas, En este momento te extraña verme sin escafandra. Prueba tú también... A menos que tu constitución no sea igual a la mía puedes beneficiarte del oxígeno.

—No hay oxígeno en este planeta —replicó Nekor,

—Eso es lo que piensas. Pruébalo. Te convencerás.. Si... Ya veo que dudas. Desconfías, piensas que puedo tenderte una trampa. Te equivocas. Mira. Voy a tirar mi arma. ¿Ves?

El desconocido arrojó lejos el fusil plateado de largo cañón.

—¿Cómo es posible? ¿Sabes todo lo que pienso...?

—Sí. Y piensas también que los tuyos llevan mucho tiempo tratando de descubrir ese séptimo sentido...

—¿Séptimo sentido?

El extranjero rectificó.

—Bueno. Hay algo en tus pensamientos que no logro captar bien. Tú piensas en un noveno y décimo sentidos.

—Hemos llegado hasta el octavo.

—Esto es muy interesante. Mucho. Nosotros... conseguimos el séptimo... Claro que para lo que sirve... Anda, quítate la escafandra... Este es un momento histórico, lástima que llega con retraso. ¿No lo comprendes? Pertenecemos a comunidades distintas y podemos entendernos. Un cambio de ideas entre los dos puede ser una gran cosa. ¿No piensas tú lo mismo?

—Es inútil que te diga lo que pienso. Lo adivinarás de todos modos —repuso Nekor.

—Sí, claro. En esto te llevo ventaja, pero en cambio en tu habitáculo debéis tener muchas otras. Esos ocho sentidos, y la facilidad de desplazamiento... Y Paz... Porque no dudo de que tenéis paz.

—La tenemos...

Intrigado y a la vez lleno de curiosidad, Nekor comenzó a quitarse la escafandra.

El extranjero le observaba sonriente y repetía:

—Sin miedo, amigo...

Nekor concluyó la operación y aspiró aire.

—¡Es cierto! Pero antes no había oxígeno.

—Lo dices porque tus contadores no lo indicaban. Pero, ¿no te has detenido a pensar que pueden estar hechos para medir la presión de otros planetas? Este pertenece al Antiguo Sistema solar. La materia es distinta, la detección está sujeta a unas normas, a la rutina de lo conocido. A nosotros también nos ocurrió lo mismo al principio. Usábamos aparatos que creíamos inmejorables y nuestros cálculos se medían por errores. Obteníamos información no verídica, hasta que el paso del tiempo nos adentró por los caminos de la perfección. ¡Oh! A propósito, no me he presentado. Me llamo Laumann.

—Yo soy Nekor.

Y ambos hombres estrecharon sus manos.

CAPITULO VI

Nekor transmitió:

—Atención a todos los K. Especiales. Regresen a la base. No hay novedad. Regresen sin mí. Burr preguntó desde su bólido:

—¿De veras no necesitas ayuda? ¿Dónde estás?

—En Sibeliuss. Visita de inspección. No hay nada nuevo.

Burr pareció dudar.

—Vamos, cierra el contacto y regresa a la base con los demás.

Burr terminó obedeciendo. —Sí, Jefe Nekor. Lo que tú ordenes. Nekor salió de la nave y miró al piloto científico que le esperaba fuera.

—He hecho lo que me has pedido. He silenciado tu presencia.

—Era lo mejor... De momento nos interesa más conocernos. Un extranjero a menudo es mal recibido si no se le conoce. Además, yo no puedo ir ahora contigo. Necesito reunirme con mis compañeros. No sé dónde están, perdimos todo contacto. Intenté lanzar señales, pero las ondas naturales de mi cerebro no les alcanzan.

—¿Has dicho ondas naturales?

—Sí. Es como... como un radar. ¿Comprendes?

—¡El radar humanoide! —exclamó con el pensamiento, Nekor.

—Pues si quieres llamarlo así... es bastante correcto.

—Existe...

—Ya veo que no lo tenéis.

—Alguien estaba trabajando en ello en mi habitáculo. Captó una señal.

—¡Yo también la capté! —soltó Lauman—. ¡Y veo que estás pensando en un profesor llamado Noah!

—Sí. A ti no se te puede ocultar nada.

—Me gustaría conocer a ese hombre. Yo puedo ayudarle a descubrir ese «sentido». Pero hálame de los otros. Los primitivos conocían cinco sentidos. Nosotros descubrimos el sexto.

—¿Cuál es vuestro sexto?

—La premonición. Saber lo que va a ocurrir.

—¿Y tú sabes lo que va a ocurrir?

—Lo presiento en un momento dado... Pero sólo porque soy un iniciado. Había pocos en mi planeta y todos coincidimos en advertir de antemano graves desastres, pero no quisieron escucharnos. Un día cuando los científicos del grupo sexto emprendimos el vuelo, vimos claramente lo que iba a ocurrir, pero ya era inevitable. Los hombres lucharon entre sí, destruyendo nuestro habitáculo. Desde entonces vagamos por el espacio. Hemos hecho muchos descubrimientos, pero como siempre ocurre han llegado tarde. Ahora pretendemos agruparnos. Fundar un nuevo habitáculo para el futuro procurando que nuestros descendientes no caigan en los mismos errores.

—¿Tenéis parejas para crear una familia? —preguntó.

—Este es nuestro problema. En nuestra expedición solo forma una hembra. Pero sabemos que existe un habitáculo donde existen hembras similares a nuestra especie. Hembras sin pareja.

—En mi habitáculo hay muchas. Últimamente se han regulado los nacimientos para evitar la descompensación, uno de nuestros científicos trabaja en una fórmula para que los que nazcan en el futuro puedan ser previamente elegidos y compensar de este modo la superabundancia de uno u otro sexo.

—Puede que este sea el habitáculo que andamos buscando... —Y el rostro de Lauman sufrió una contracción indicadora de contrariedad.

—¿Qué te ocurre, Lauman?

—Tendremos que vencer muchas dificultades. ¡Ha sido una suerte dar contigo, Nekor!

—¿Qué puedo hacer yo?

—Sabemos que existe un planeta... Lo sabemos utilizando el sexto sentido, el de la premonición. Es un planeta gobernado por un dictador, un hombre que ha creado un falso bienestar.

—¿Cómo te atreves...?

—Calma, Nekor. No pretendo herir tu sensibilidad patriótica. Puede que seamos nosotros los que interpretemos mal las cualidades de ese gobernante... —Los pensamientos de Lauman eran extraordinariamente persuasivos. Toda su forma de «dirigir» la conversación era serena, ponderada, no existía en él el menor ánimo de ofensa.

Nekor supo comprenderlo y se sintió «inducido» a seguir escuchándole.

—Vuestras premoniciones hasta ahora han resultado ciertas, pero no hemos tratado con seres extraños. Tú eres el primero. Por lo que veo eres casi idéntico a mí. Constitucionalmente hablando podríamos decir que somos iguales. Poseemos las mismas extremidades, un físico prácticamente análogo. Tu pelo es blanco y el mío, ya ves, es rubio como el de mis compañeros. Nos comprendemos por el mismo procedimiento, por eso creo que tu habitáculo puede ser el que buscamos.

—¿Y por qué crees que nos gobierna un tirano?

—No he dicho esto, exactamente.

—Dictador, tirano. Es lo mismo. Lo has dado a entender.

—Ya te digo que es una premonición. Sabemos que existe ese tirano, que odia todo lo extranjero, lo desprecia y lo destruye...

Nekor tuvo que admitir que Lauman tenía razón. Gorky tenía una especial preocupación por la defensa y para él la mejor defensa era destruir lo extranjero si aparecía. Ya había dado pruebas de ello.

Luego recordó las palabras de Burr, las de Zoila.

—Veo que tienes amigos íntimos que piensan como tú —sonrió Lauman haciendo uso de su poder de penetración.

—La opinión de algunos no es la de todos.

—Insinúale la posibilidad de un encuentro entre científicos a tu jefe. Hazlo, Nekor. No es necesario que menciones ese encuentro. Por eso he pretendido mantenerlo secreto. Entre dos humanoides de buena voluntad es fácil el entendimiento, pero no puedo exponer mis amigos sin tener garantías. Yo soy su jefe y aunque ellos presientan lo que puede ocurrir me seguirán. No puedo arriesgarles. ¿Lo comprendes, verdad?

—Sí, Lauman. Lo comprendo.

—Bien, háblame de tus sentidos. Tú ya conoces los nuestros. El séptimo ya te he demostrado cuál es.

—Nuestros antepasados descubrieron el sexto hace ya mucho tiempo. Consiste en el dominio del cuerpo.

—¿Evasión?

—No exactamente... Te daré un ejemplo... Podemos insensibilizarnos. Dominar por completo nuestro cuerpo, controlarlo. No sentir el dolor ni los efectos de la temperatura, podemos permanecer «muertos» a voluntad, siempre que el desgaste natural no mate nuestros órganos vitales y se produzca entonces el fin natural. Controlamos la respiración, podemos permanecer en un planeta sin oxígeno, a condición de que permanezcamos *muertos* hasta que voluntariamente queramos recuperarnos. Verás, prueba. Mira esto... —Sacó de la funda el estilete.

—Un arma curiosa.

—Es detector de metales también. Puede utilizarse como estilete para causar la muerte instantánea en una lucha cuerpo a cuerpo, sirve también como bisturí para intervenciones de emergencia. Bueno tiene varias aplicaciones. Tómallo.

—¿Qué quieres que haga con él?

—Pínchame aquí. —Mostró su brazo que remangó lo suficiente para dejar al descubierto su epidermis—. No temas hacerme daño. Puedes atravesarme.

Lauman miraba con curiosidad.

—Vamos, estoy preparado —le animó Nekor.

Lauman empuñó con decisión el estilete y atravesó el antebrazo del piloto jefe.

Se maravilló de la facilidad con que aquel extraño y afilado estilete podía penetrar sin realizar esfuerzo alguno.

Nekor se mantuvo inmóvil, sin expresar el dolor que lógicamente hubiera causado aquella herida en un ser normal.

—¿Convencido?

—Totalmente —repuso Lauman sacándole el estilete. En el

antebrazo quedó una señal y la sangre. El propio estilete sirvió para cauterizar la herida—. Asombroso —murmuró Lauman. Porque en aquellos momentos su pensamiento era lo más parecido a un murmullo, así lo detectaba Nekor que prosiguió:

—Nuestro séptimo sentido nos hace inmunes al cansancio. Dominamos nuestro subconsciente.

—¿También habéis estudiado esto?

—A fondo. En nuestro habitáculo cuando decimos que un hombre está cansado nos referimos a que sus ideas ya no pueden dar más de sí... Entonces se le retira.

—En esto también nos aventajáis. Sigue.

—El octavo es nuestro sistema de comunicación. El que utilizo ahora yo.

—Sí, lo he comprendido.

—Se trabaja en el noveno, es el que tú dominas La percepción del pensamiento.

—Y el décimo el radar humanoide. La percepción a distancia, lo que los antiguos hubiesen llamado telepatía... Todo va llegando, todo... menos la perfección completa...

—Debo dejarte, Lauman. Hablaré a nuestro Jefe Supremo.

—Ten cuidado.

—Nuestro Jefe Gorky es mi protector. Sé que me escuchará.

—Nekor, habla con ese profesor Noah también. No le conozco. Es imposible que ahora pueda prever lo que va a ocurrir, pero presiento que es el único Ser que puede comprendernos y tal vez... ayudarnos.

Poco después, Nekor reemprendía el vuelo poniendo rumbo al habitáculo.

Aquella nueva amistad que había realizado con un humanoide de otro mundo le llenaba de excitación que naturalmente sabía contener, pero calibraba también la importancia de su descubrimiento y la relacionaba con sus obligaciones para con los Seres de su habitáculo.

El «no podía» mantener un secreto a la ciencia, pero era consciente de la posible reacción de Gorky y empezaba a dudar de si el Jefe Supremo se mostraría lo suficiente comprensivo como para

aceptar el diálogo.

Algo interrumpió sus pensamientos. Fue un zumbido característico en su vehículo. En seguida la pantalla detectó una avería poco usual. Escape de combustible.

De algún modo, su bólido había sufrido algún golpe en el depósito, y el piloto se dispuso a comprobarlo.

En las pantallas memorizadoras del cerebro de la nave apareció la grieta situada justo en la parte donde iba el depósito del carburante sólido.

El contacto con el exterior le hacía perder la energía necesaria para mantener la velocidad necesaria que le permitiera el regreso en el tiempo normal.

Provisto de la escafandra, abrió una de las puertas de emergencia y salió al exterior.

Se acercaba a la zona oscura y pensó que debía proceder rápido a la reparación de la grieta.

La mochila provista de la composición química que le permitía «volar» y dirigirse a su antojo al punto donde debía reparar, le condujo hasta el lugar exacto y allí, Nekor utilizando el soldador procedió a unir la grieta.

Sabía que durante el tiempo que permaneciera con la nave a la deriva se desplazaría de su ruta, pero luego podría recuperar el tiempo.

Sin embargo, algo no funcionaba bien en el soplete portador del material necesario para la reparación.

La grieta, lejos de cubrirse, parecía ensancharse. Era desde luego una avería poco corriente, prevista únicamente en los grandes choques.

«Voy a dar la máxima presión al soplete», pensó el piloto.

El líquido del mineral derretido salió de la espita, mientras que la espátula automática del aparato trataba de distribuir el material inútilmente. La grieta se había ensanchado de tal modo que ahora era ya un boquete imposible de reparar en pleno vuelo.

Nekor decidió entrar nuevamente en la nave.

Una de las pantallas memorizadoras recordaba los sistemas de emergencia.

Obedeciendo las instrucciones programadas, Nekor retiró el combustible a fin de que su contacto con el exterior no lo inutilizara por completo. Automáticamente el depósito quedó aislado en el receptáculo destinado en la nave a tal efecto.

Calculó la importancia del desplazamiento sufrido y observó que era mucha.

Se había desviado ostensiblemente de la ruta y no le era posible recuperar el tiempo perdido

«Marcha de emergencia», pensó.

Dispuso los mandos de modo que la nave prosiguiera la ruta con la marcha de emergencia.

Pero la lentitud del procedimiento le hizo comprender que tardaría un tiempo incalculable en conseguir llegar.

La pantalla señaló la proximidad de un canal del espacio. Era una de las zonas en la que los bólidos sin control se sumergían a grandes velocidades con el peligro de ser proyectados a otras galaxias.

Trató de apartarse, pero comprobó de inmediato que la nave había quedado fuera de control.

Conectó el transmisor y emitió la señal de alarma.

—Comprueben mi situación en las coordenadas. Imposible dominar mi nave. Me acerco peligrosamente al canal.

Pero no obtuvo respuesta.

Formuló la pregunta al cerebro y la respuesta fue concisa:

—¡Aislado!

Estaba aislado de todo contacto. Su desvío le había conducido a una zona ignota y además ningún esfuerzo podía sacarle de allí.

La pantalla reflejó el boquete, mucho mayor ya.

—Sólo me queda la esperanza de que la corriente no destruya la segunda carlinga, de lo contrario no tengo salvación.

Sus palabras quedaron registradas así como todos los datos que

iba memorizando el cerebro.

—Si me hundo en la vorágine que se avecina nunca encontrarán mi nave y no será posible saber las causas que han motivado esa grieta. No he chocado contra ningún cuerpo extraño. No hay explicación para el deterioro. Si consiguen recuperar algo revisen el material, hay algo endeble, puede que no sea tan perfecto como creíamos.

No pudo seguir transmitiendo. El bólido había sido alcanzado por la voragine de la corriente.

Era como hallarse ante un indescriptible vendaval, un huracán o un ciclón de una potencia imposible de definir.

El bólido fue apresado entre la corriente y fue empujado de un lado a otro sin control posible.

Nekor era golpeado contra las paredes y sentía el daño en su cuerpo. Podía insensibilizarse, pero ello suponía perder el conocimiento por completo y vivir ajeno a lo que ocurría. Trató de sujetarse para seguir la trayectoria y «ver» el lugar del espacio en que se encontraba y la ruta que seguía.

Planetas y asteroides desfilaban ante sus ojos con velocidad indescriptible.

La aguja del cuentavelocidades parecía querer salir de la caja metálica. Estaba fuera de toda posible medición.

Las pantallas seguían funcionando lo cual indicaba que la nave aunque incontrolada seguía protegida por la segunda carlinga protectora.

Nekor comprendió que aquel continuo agitarse acabaría con su resistencia y ya no tuvo más remedio que insensibilizarse.

El sexto sentido actuó a plena voluntad. Nekor pasó a ser un ser totalmente inanimado. Aguantó el equilibrio a pesar de las continuas embestidas, pero era incapaz ya de fijar su atención. Estaba inmóvil, como los muertos.

CAPITULO VII

Nekor abrió los ojos a la luz y miró en derredor.

Tuvo la sensación de que todo lo ocurrido había sido un sueño porque creyó encontrarse cerca del lago desecado donde había hablado con el extranjero Lauman.

Se volvió y entonces vio a los humanoides.

Formaban un grupo de doce. Había una hembra de la especie entre ellos.

Volvió los ojos hacia un pico rocoso y observó otro humanoide manipulando un aparato.

Luego escuchó la comunicación telepática. Era la «voz» de Lauman el que le hablaba.

—Tranquilo, Nekor. Son amigos. Los amigos de que te hablé.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó el piloto a Lauman que salía por el lado opuesto donde estaban los humanoides.

—Estabas bajo lo que tú denominas radar humanoide. Vi lo que te ocurría y salí en tu busca. Mi aparato no es tan perfecto como el tuyo y esto requirió algún tiempo.

—¿Tiempo?

—Han pasado varias noches desde que hablamos.

—Pensarán que he muerto. Puede que me busquen.

—Te están buscando, en efecto. He detectado a una numerosa patrulla. Se ve que en tu habitáculo se preocupan de ti, pero corren un grave riesgo. La avería de tu bólido se ha producido por la escasa consistencia del material con que está fabricado. No resiste las rozaduras de la materia de este planeta.

—No es posible.

—Si lo es, Nekor. Y será mejor que te pongas en contacto con los que te buscan.

—Pero si no me rescatan no podré volver.

—Yo te llevaré. Ya he hablado con mis amigos de la conversación que sostuvimos. Llevaré el mensaje de todos y ofreceré nuestra humilde colaboración, nuestros conocimientos serán puestos al alcance de los científicos de tu habitáculo. A cambio podéis ayudarnos a perfeccionar los nuestros. Tengo una idea. Te la contaré por el camino, Nekor. Ahora, ven conmigo.

—¿Y mi nave?

—Se desintegró a causa de la corriente. Gracias a permanecer insensibilizado lograste sobrevivir hasta tanto no pudimos rescatarte.

Nekor miró la nave de Lauman.

—¿Crees que podremos llegar con esto?

—Bueno. No es muy potente, ni tan rápida, pero sólida al menos lo es. Dispone de buenos aparatos. Te diré cómo funcionan. ¿Vamos?

—¿Y cómo voy a comunicarme con los míos?

—Supongo que el transmisor abarcará la distancia.

Entre nosotros lo usamos poco. Ahora ya tenemos suficiente con comunicarnos personalmente en la distancia. De todos modos podemos acercarnos lo suficiente para que la onda alcance...

—¡No! —exclamó alguien del grupo de Lauman y aunque la exclamación no iba dirigida a Nekor éste la comprendió perfectamente.

—Sí, colega —adujo Lauman—, Ya sé... Prevés un ataque en cuanto los bólidos conducidos por los amigos de Nekor divisen mi nave, pero tenemos que arriesgarnos. Hay una posibilidad. Tú puedes «verla como yo». Si Nekor puede comunicar a tiempo no habrá ataque.

—¡Miren! —indicó el piloto del habitáculo—. Es el bólido de Burr.

—Tú ya pensaste antes en él, ¿verdad? —inquirió , Laumann—. ¿No es ese uno de los que no están muy convencidos del régimen dictatorial de Gorky?

—No es eso exactamente, Lauman. Trataré de pedirle que no se aproxime.

Y Nekor subió a la nave de Lauman y éste le indicó como funcionaba el transmisor.

Nekor lo puso en funcionamiento y comenzó a transmitir.

—¡Burr puedo ver tu bólido! No tomes tierra. Acércate cuanto quieras, pero sin llegar al suelo. ¿Puedes oírme?

Nadie contestó y Nekor insistió.

—Sé que eres tú, Burr. Lo sé.

Se encontró con la mirada sonriente de Lauman.

—¿Y cómo lo sabes? El bólido es sólo un puntito.

—Es verdad... —expresó Nekor perplejo ante la evidencia—. «Sé» que es el bólido de Burr y sin embargo no he podido verlo... ¡es el principio del noveno sentido!

—Has vivido durante un corto tiempo bajo mi control e influencia, Nekor... Ese sentido de la premonición no es tan difícil. Sabes que quien viene es Burr. Haz un esfuerzo y verás lo que intenta Burr.

—¡Detente, Burr! No trates de tomar tierra. Detente —seguía Nekor.

—Haz un esfuerzo, Nekor, hazlo.

—Sí. Lo veo... Burr no quiere hacer caso de mis advertencias. No quiere...

—¿Qué pasará, Nekor? Estoy seguro que tú lo ves ahora «perfectamente» —siguió Lauman.

—Pasará... —Nekor parecía hablar como si estuviera en trance y en su mente se dibujó la escena.

Ya la escena era que Burr tomaba tierra como antes lo había hecho el propio Nekor y que el breve impacto produciría una grieta en la carlinga externa de la nave y luego hasta creyó oír lo que su amigo le diría:

—Sabía que estabas aquí, Nekor... sabía lo que le ocurría a la nave, pero quería comprobarlo por mí mismo. No somos tan fuertes como Gorky supone y tenemos que hacer algo. En nuestro habitáculo han empezado a suceder cosas horribles. Necesitamos gente inteligente para que dirija una acción represiva. O alguien como tú que trate de arreglar las cosas sin la violencia. Por eso tenía que verte, Nekor.

Sí, Nekor vivía mentalmente la escena como si realmente estuviera sucediendo, pero sin embargo aquello todavía tenía que ocurrir.

* * *

Y ocurrió.

Burr se expresó con las mismas palabras que Nekor había imaginado y hasta oído en ese noveno sentido oculto, el de la percepción del pensamiento ajeno, qua en cierto modo estaba íntimamente ligado con el de la premonición.

—Burr. ¿Qué es lo que sucede realmente?

—Empezó todo con la pantalla fabricada por Sonher.

—¿Funciona ya?

—Hace ya algún tiempo.

—Sí. Es verdad. Perdí mucho tiempo cuando mi nave se fue de control.

—Es todo un largo período —dijo Burr, y un período en los cálculos del habitáculo hubiera sido considerado por los terrícolas del siglo veinte o veintiuno como la mitad de un año de su sistema de medición del tiempo.

—Sigue, Burr. ¿Qué ocurre con la pantalla de Sonher?

—Se hacen los más terribles experimentos, Nekor. Sonher no está seguro y hace continuas pruebas con los desgraciados, los desmaterializa y jamás «vuelven». Son asesinados, Nekor. Primero la gente elegida se prestaba, tenía la promesa de poder cambiar de situación, de hacer algo de provecho que le permitiría ciertos privilegios, pero la voz se ha corrido. Los que se reclutan para experimentar con ellos saben para qué se les quiere. El mando ya no puede ocultar la verdad y ha llegado hasta la exigencia. Los elegidos son detenidos por la guardia y obligados a ser utilizados por Sonher. En el habitáculo estamos atravesando una época de terror,

—No podía imaginar una cosa así...

—Aún hay más. Pedí la intervención de Noah. Dadas las circunstancias, Noah se ofreció para explicar a Sonher el perfecto funcionamiento de la pantalla, pero su actitud fue juzgada como un

acto de rebeldía y ha sido confinado.

—¿Prisionero?

—Incomunicado en la Cúpula de Castigo.

—Bien, Burr. Vamos a regresar. Trataré de hacer todo lo posible ante el Jefe Supremo Gorky.

Lauman adujo:

—Puedes contar con nuestra ayuda si lo crees oportuno.

—Espero no tener que llegar a eso.

Lauman se mostró sombrío.

—Creo que sé lo que piensas, Lauman —repuso Nekor—. Prevéis que es inevitable que tengan que luchar.

—Lo es... Sin lucha no podremos hacer oír nuestra voz. Es una lucha contra la injusticia, y el despotismo, pero lucha al fin.

—Lauman, ¿por qué no volvéis a vuestro planeta?

—Ya estamos en nuestro planeta.

—Sibelius... ¿Es éste?

—Ustedes lo llaman así.

—¿Y no hay nadie?

—Empieza una forma de vida. Todo vuelve a ser primitivo. Nosotros no tenemos cabida. Nos atacarían. Tendríamos que luchar también, y no sería justo. Nuestras enseñanzas no podrían ser comprendidas ahora. Nos tomarían por enemigos, por invasores. En estos momentos estamos más cerca de vosotros que de los nuestros.

Hizo una pausa y añadió:

—Los nuestros viven una forma de Edad de Piedra y conviven atemorizados como si algo les hiciera comprender la hecatombe que destruyó a sus antepasados, de los que somos los únicos supervivientes. Tampoco pueden razonar.

—¿No pueden razonar? ¿Acaso no tienen cerebro?

—Te lo mostraré durante el vuelo. Sube, el bólido es sólo para dos. Usted tendrá que quedarse Burr, si lo creemos necesario

cualquiera de mis colegas le llevará a usted.

Burr asintió.

Poco después la nave tripulada por Lauman se elevó. Las dos patas se plegaron bajo la carlinga y la nave mostró toda su completa redondez.

Lauman hizo que el bólido espacial sobrevolara la superficie del planeta.

Tras las montañas erosionadas había un valle profundo, al fondo podía verse el lecho de un antiguo río.

No había vegetación alguna en leguas y leguas de terreno.

—¿Cómo vive esa gente, Lauman?

—En cavernas. Grutas naturales cuyo origen ignoran.

—¿Y de donde sacan el sustento?

—Hay galerías subterráneas donde crecen vegetales comestibles, por algún extraño fenómeno las simientes no se perdieron, la humedad de esas cavernas ha hecho crecer esos vegetales sin necesidad de la luz del Astro Sol. Es un nuevo medio de vida que evolucionará, pero tardará mucho tiempo, mucho...

Tras un largo recorrido por zonas siempre áridas, pedregosas e inhóspitas Lauman señaló un grupo de seres asomados entre unas piedras. Al fondo podían verse agujeros.

—Creo que no pasé por aquí antes.

—No lo consideraste necesario, Nekor. Tus aparatos no detectaban vida. Es monótono todo esto.

—¿Qué clase de seres son estos? —inquirió Nekor.

—La nueva raza.

—¿Eh? Pero si son...

—Sí, Nekor... mutaciones. Ahora parecen animales. Es... es el producto de la guerra, la semilla de la destrucción ha provocado la mutación de la raza.

—Parecen pequeños monstruos.

—Y no podemos ayudarles. Nos hemos convertido en extraños en

nuestra propia raza. ¿Comprendes ahora, Nekor, porque necesitamos otro habitáculo?

CAPITULO VIII

El habitáculo de Nekor estaba ya a la vista.

—Veo las defensas. Gorky ha dispuesto sus armas en los lugares más estratégicos.

—¿Estás seguro que no nos detectarán? —inquirió Nekor que había aprendido ya a manejar la nave extranjera.

—Tú lo pudiste comprobar. Ningún radar puede registrar nuestra presencia. Excepto... ¡Espera!

—¿Qué ocurre?

—¡El profesor Noah! El sí nos ha detectado. ¡No, profesor! No dé la alarma. Somos amigos.

—¿Qué intenta, Noah? ¿No está prisionero?

Lauman con su poder extraordinario, asintió.

—Sí. Lo está. Confinado en una cúpula. Le veo. Pero Noah es un patriota. Ha detectado la presencia de un extraño.

—Trata de hacerle comprender.

—Es lo que intento, Nekor. Es lo que intento, pero ahora se ha obstinado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nekor tras un prolongado silencio del piloto dueño de la nave extranjera.

—Han acudido dos guardias. Noah va a hablar. ¡No! No lo hace. Por fin ha captado mi mensaje.» ¡Profesor Noah, tengo muchas ganas de conocerle. Nos mantendremos en contacto. Mi nombre es Lauman. Me he hecho amigo de Nekor y sé que Nekor le aprecia mucho.

Nekor captaba a la perfección la potencia del pensamiento de Lauman, pero no le era posible acertar con las respuestas del profesor.

—¿Qué dice?

—Que le salude a usted y le dé la bienvenida. Y que cuide de... su hija. ¡Oh, sí, profesor! Estoy seguro de que Nekor estará encantado de cumplir ese encargo!

—Creo que tus premoniciones van demasiado lejos.

—Bueno. Aunque no sea de mi incumbencia le veo a usted y a una hembra a la que no tengo el gusto de conocer. Y bueno. Yo diría que os unen ansias de compartir vuestros respectivos destinos.

Nekor guardó silencio.

Sí... Una vez más Lauman había dado en el clavo, pero la tradición del habitáculo impedía que el Jefe Supremo tomara Estado. Y en principio Nekor seguía fiel a su Jefe Supremo convencido de que las cosas se arreglarían.

El bólido tomó contacto con el suelo del habitáculo en una zona despoblada.

Nada había detectado la presencia del objeto extranjero.

Algo parecido a un cráter sirvió como refugio momentáneo.

—¡Cuánto terreno perdido! —exclamó Lauman.

—Terreno es lo que sobra aquí.

—Antes en nuestro planeta se había llegado a la saturación. Ya no quedaban espacios libres y las ciudades se ahogaban en medio de un laberinto de edificios.

—Aquí falta mucho por hacer. También tuvimos cruentas guerras, pero desde nuestro actual sistema reina la paz, por eso no comprendo que Gorky pueda hacer algo para atentar contra esa misma paz de la que se siente tan ufano.

—A veces, amigo, se preconiza lo contrario de lo que se hace. Por eso debes andar con mucho cuidado. A partir de este momento pisarás un terreno resbaladizo... y muy peligroso.

Nekor se alejó. Lo primero que pensaba hacer era entrevistarse con Gorky.

Momentos después era recibido en la cúpula privada del Jefe Supremo del habitáculo.

—Debiste informar de tu llegada, Nekor. Nos has tenido preocupados, especialmente yo... ¿Qué has estado haciendo?

—De ello vengo a hablarle, Jefe Gorky y estoy seguro de que me comprenderá. Pero antes... quisiera hablar también de ciertos rumores acerca del profesor Sonher.

—¿Rumores?

—Me han dicho que utiliza ciudadanos para sus experimentos. Seres a los que desmaterializa sin garantía alguna. Seres que desaparecen.

—¿Quién se atreve a suponer que Gorky hace algo ilegal y cómo puedes tú dar crédito a rumores?

—Sólo deseaba confirmarlo.

—Sonher trabaja para el bienestar del habitáculo. Si alguien sacrifica su existencia es para cumplir una alta misión.

—Jefe Gorky. Entonces es cierto que se producen sacrificios.

—No hay tales sacrificios. Los Seres con los que hace las pruebas el profesor aceptan libremente. Se han lanzado avisos por los medios ordinarios de difusión. Nunca han faltado voluntarios.

—Voluntarios a los que la guardia lleva a la fuerza.

—¡Basta, Nekor! No comprendo cómo osas discutir conmigo.

—Lo siento, Jefe Gorky. Sólo trataba de comprobar lo que me habían dicho.

—Te comprendo porque eres joven, pero no toleraré que nadie haga caso de rumores. Lo que se dicta bien dictado está.

—Puede que yo tenga el medio de evitar posibles habladurías.

—¿Qué medio?

—Hubiera perecido en el espacio si un amigo no me hubiese salvado cuando mi bólide se desintegró.

—¿Un amigo?

—Un extranjero.

—¿Dónde está?

—Está dispuesto a colaborar con nosotros procediendo a un intercambio de conocimientos.

—Nosotros no necesitamos los conocimientos ajenos, Nekor. Un extranjero es un enemigo.

—Lauman no es un enemigo. Me salvó a mí.

—Lo hizo para ganar tu confianza. Lo mismo hubiera podido hacerlo cualquiera de los pilotos.

—No donde estaba, Jefe Gorky. He podido comprobar la endebles de nuestras naves cuando toman contacto con la materia de otros planetas. Sibelius concretamente. No resisten, Jefe Gorky. El metal se agrieta y las vibraciones de la nave malean el material.

—¡Nuestras naves son perfectas, Nekor!

Por primera vez el piloto comprendió lo que era intentar razonar con el gran Jefe Supremo del habitáculo.

No. No era posible un diálogo lógico y normal.

—Jefe Gorky. Yo también deseo lo mejor para nuestro habitáculo. Lauman y los suyos sólo pretenden colaborar y no nos atacarán, pero si otros lo hicieran... ¿Qué garantías tenemos de salir invictos?

—Ya se ha demostrado. ¿O es que olvida nuestra victoria con el satélite?

—No la olvido, Jefe. Pero el satélite era inferior a nosotros. No podemos confiar en que siempre sea así.

—Hablas como si despreciaras tu propio habitáculo. Destruyes lo que deberías glorificar. No quiero discutir más, Nekor. Tráeme a ese extranjero a mi presencia. Yo decidiré cuáles son sus intenciones. ¡De prisa! ¡No hagas que me arrepienta de la confianza que he depositado en ti!

Cuando Nekor salió de la cúpula, lo hizo dispuesto a averiguar por si mismo la realidad del habitáculo,.

A ras de suelo, en los grandes almacenes donde las hembras efectuaban sus provisiones, la presencia de un ciudadano con el distintivo de Primera Serie era acogida con frialdad y hasta con temor.

Nekor observó que la vigilancia había sido ostensiblemente reforzada y trató de entablar diálogo con el servidor de una de las máquinas de venta automática.

—Amigo... Quisiera conocer su opinión. Dígame en primer lugar si los seres a los que habitualmente trata usted se muestran satisfechos.

—¿Satisfechos? Totalmente, totalmente —repuso el servidor.

—¿No tienen queja contra nada?

—¿Contra qué iban a tenerla?

—Contra los experimentos que actualmente se realizan.

—¡Ah! Bueno. Cuando se hacen por algo será. Se dijo que era un adelanto importante y todos lo creímos.

—Pero sabéis todos que la mayoría, es decir, todos esos seres que se prestan a los experimentos no regresan.

—Qué se le va a hacer.

—Podrían negarse a ir —repuso el piloto tratando de tirar de la lengua de su interlocutor.

Pero el servidor estaba prevenido... o acaso asustado para exponer su opinión sin ambages.

—Van por propia voluntad, Jefe Piloto.

Unas exclamaciones llamaron la atención de Nekor que al volverse vio como dos guardias se llevaban a rastras a un individuo. Tras él una mujer gimoteaba:

—Tengan piedad. Si es verdad que existen voluntarios no obliguen a mi hijo. Ya no le veré más.

Otra pareja de guardianes se aproximó a la hembra.

—Vuelva a su casa y deje de sollozar.

—Se llevan a mi hijo.

Uno de los guardias empujó violentamente a la mujer que cayó de bruces. El otro a patadas la obligó a retirarse hasta el interior de la vivienda a ras del suelo y luego cerró la puerta.

Todo estaba desierto en derredor, como si nadie osara ser testigo de aquella escena violenta.

Nekor lo había visto y se aproximó a los guardias que al ver su distintivo se detuvieron.

—¿Dónde conducen a ese? —preguntó.

—Va voluntario a la cúpula de ensayos del profesor Sonher —repuso uno de los guardianes.

—¿Voluntario?

—En efecto, Jefe Piloto —repuso el guardián.

—¿Qué dices tú? —preguntó Nekor al «voluntario».

—No es verdad. Ya no me importa lo que hagan. Sé que me conducen hasta mi «última hora», pero quiero que se sepa. Yo no soy ningún voluntario y quiero seguir viviendo.

Se hizo un silencio que cortó el propio Nekor para ordenar:

—Déjenlo.

—Pero... Cumplimos órdenes, Jefe Piloto.

—Yo les he dado una, suéltlenlo. Y considérense desposeídos de sus cargos.

El guardia que había hablado antes trató de justificarse:

—Jefe Piloto... Nosotros cumplimos las instrucciones...

—Este es un habitáculo de obediencia. Nadie protesta. No se admite. ¿No es así?

No contestaron los guardianes y el piloto prosiguió:

—Yo acepto la discusión razonada, pero si impongo el castigo es porque unos servidores de la sociedad que son los primeros en el deber de dar ejemplo han mentido. Han falseado los hechos diciendo que llevaban a un voluntario siendo falso. Preséntense a la cúpula de los presos por orden mía...

De acuerdo con las leyes, cualquier ciudadano Primera Serie podía dar una orden a otro inferior. Orden que tenía que ser cumplida a rajatabla.

Aquel diálogo era atentamente escuchado por Gorky gracias al aparato especial que Sonher acababa de proporcionarle.

—Sé que he obrado sin tu licencia, Gorky, pero siempre sospeché de él. El receptor de onda sensible permite oír a Nekor a distancia. Vengo observándole y creo que su forma de actuar ha llegado a límites peligrosos. Por eso he querido ponerte en antecedentes.

—Nunca hubiese pensado esto de mi protegido. Gracias, Sonher. Gracias. Tomaré mis medidas. Deja aquí el aparato, quiero conocer cada uno de los pasos de Nekor. Quiero saber lo que hace y lo que

dice.

—¿No has visto suficiente?

—Sí... Pero quiero saber hasta qué punto es capaz de traicionarme. Debes comprender, Sonher. Yo lo designé para un alto puesto. Yo no puedo equivocarme, si ahora le destituyera sería reconocer un error. ¡Y no he cometido error!

—¡Oh, claro que no! Ese último viaje ha trastornado al piloto.

Gorky sonrió.

—Eso tiene que haber sido. Un trastorno. Ha perdido el dominio de los sentidos y es incapaz de dominar su mente. Es un enfermo.

—Someterlo a tratamiento es peligroso. Tiene derecho a ser reconocido por Gali y Gali tampoco es hombre de fiar.

—Gali confirmará lo que yo diga.

—Gorky... has dicho que hay un extranjero en el habitáculo.

—Sí. El que ha traído a Nekor.

—Un extranjero es siempre un enemigo.

—Siempre —confirmó el Jefe supremo.

—Bien, alguien puede encargarse de... de hacer desaparecer a Nekor. Es mucho más efectivo quitarle de en medio.

—Creo que comprendo tu plan, Sonher.

—Se informará a los ciudadanos de la terrible perdida. Un joven y prometedor talento víctima de un asesinato perpetrado por un extranjero.

Gorky amplió su sonrisa.

—Sí. Es perfecto. Voy a dar las instrucciones. Ni una palabra de esto a nadie, Sonher.

—Sabes que tienes mi absoluta discreción, Gorky. Todo... todo absolutamente para el bienestar del habitáculo.

Y mientras, el piloto, totalmente ajeno a la sentencia recién dictada contra su persona se dirigía a la cúpula de Zoila.

CAPITULO IX

—¡Oh, Nekor! Desesperaba ya de volver a verte. No dieron ninguna información respecto a ti, pero algunos amigos rumoreaban que habías desaparecido. Gorky no quiso dar la noticia como de costumbre. Es su sistema. No da información si considera que la gente puede pensar que se trata de un fracaso de su sistema de gobierno.

—Estoy tratando de averiguar la verdad, Zoila. Y ahora empiezo a ver claro. Se están cometiendo muchas irregularidades.

—Crímenes, Nekor. Injusticias. ¿Te han dicho lo de mi padre?

—Sí, Zoila.

—Sólo pretendió colaborar con sus conocimientos. Le consideraron reo de conspiración y desobediencia.

—Lo sé, lo sé. Y tengo que hablar con él. Iré a verle ahora mismo. Mi cargo me abrirá las puertas. Tengo a un amigo que puede ayudarnos. Es un extranjero, pero no es nuestro enemigo.

—Te acompañaré, Nekor.

—No. Es mejor que sigas aquí. Me pondré en contacto contigo. No te muevas del receptor. Recibirás instrucciones.

Nekor tenía conciencia de que el tiempo era vital en aquella carrera para evitar la injusticia.

Subido a su bólide utilizó los corredores superiores para dirigirse a la cúpula de castigo.

Era el lugar donde quedaban confinados los presos oficiales.

—Quiero hablar con el profesor Noah —ordenó al encargado de la vigilancia.

Su orden fue inmediatamente cumplida y dos guardianes condujeron a Nekor hasta la cámara donde se hallaba Noah.

Era una habitación rectangular, hermética, carecía por completo de mueble alguno para poder descansar ya total o parcialmente. Ni silla, ni lecho donde recostarse.

El profesor tenía que estar constantemente en pie.

Su autodominio le impedía sentir el cansancio que en otros humanoides hubiese sido fatal, pero para contrarrestar aquel privilegio se habían disminuido sus dosis nutritivas y además se le suministraban fármacos debilitadores.

Apenas Nekor estuvo en su presencia, pudo comprobar el lastimoso estado en que se hallaba el padre de Zoila.

—¿Qué han hecho con usted?

—Estoy dispuesto a resignarme si con ello evito derramamiento de sangre, Nekor. Pero temo que todo es ya inútil. La situación ha llegado al límite. Y pienso que tenían razón los que se dieron cuenta antes. Mi obsesión por la ciencia me había hecho ignorar la realidad. No me quedaba tiempo. Ahora en mi confinamiento he hecho grandes progresos. Siento que cada vez es mayor el dominio de los nuevos sentidos. Me he estado comunicando con tu amigo Lauman. Debe ser una gran persona. Me gustaría conocerle.

—Le voy a sacar de aquí, profesor Noah. Luego nos reuniremos todos.

—Quizá no sea prudente. Ahora pienso con egoísmo, ¿sabes? Pienso en mi hija Zoila...

—No se atreverán a hacerle nada.

—Espera... —espetó Noah—, Estoy captando algo. Se trata de una advertencia. ¡Es para ti, Nekor! —Y luego como si hablara con Lauman añadió en voz alta—: Nekor está aquí.

Y el piloto manifestó:

—Sí. Yo también puedo captarle, pero no del todo. ¿Qué ocurre? Diga, profesor. ¿Le pasa algo a Lauman?

—No, Nekor es a ti. Han decretado tu sentencia. No pude precisar, pero dice que tengas cuidado. Quieren matarte.

—Vamos, profesor. Salgamos de aquí. Buscaremos un lugar seguro. Aún no he perdido las esperanzas de razonar con Gorky. Todo antes que destruirnos.

Salió al corredor con el profesor.

—Noah viene conmigo —advirtió.

No precisaba de ninguna orden y los guardianes cedieron el paso

a los dos humanoides.

Ahora Nekor ya sabía que debía andar con mucho cuidado, pesaba sobre él una sentencia de muerte.

Al salir al exterior, una sirena llamó la atención de Nekor que al mirar desde el corredor superior hacia abajo vio varios bólicos multiplazas llenos de guardianes.

Poco después otros guardianes sacaban a rastras a una familia entera.

—¡No! No pueden experimentar con nosotros. Queremos vivir —gritaba una hembra.

El varón se ofrecía:

—Utilícenme a mí, pero dejen a mis hijas.

Eran cuatro en total los que formaban la familia, pero los guardianes no escuchaban, los llevaban a golpes hasta el bólico mientras los demás vigilaban en las esquinas.

—Están controlando todo el habitáculo, Nekor. ¿Qué es lo que se propone Sonher? ¿Por qué necesita tanta gente? Ha querido utilizar un invento que desconoce. Todos no están preparados para la desmaterialización. Hay muchos factores y luego está la máquina, cada instrumento debe poseer una absoluta precisión.

—Si Gorky no razona destruiré esa pantalla y se habrán acabado los crímenes —aseguró el piloto.

Gorky podía seguir cada paso de Nekor y oír cada palabra pronunciada por él a través del aparato que le facilitó Sonher.

Para sus adentros pronosticó:

—Pronto dejarás de ser una amenaza, Nekor. Tu fin está próximo.

El profesor Noah en aquellos momentos comentaba:

—No basta la desmaterialización para descubrir los secretos del décimo sentido. Es sólo una aproximación cuando uno está iniciado, pero no se puede hacer como lo hace Sonher. No tiene sentido.

Y Gorky desde su cúpula continuaba escuchando.

Sonher pidió permiso para entrar.

—¿Qué hay? —inquirió—. ¿Algo nuevo?

Gorky negó.

—Mientras Nekor ha estado hablando con Noah en la cámara dos guardianes han cumplido mis instrucciones. Vamos a ver el resultado a través de la pantalla.

Una de las múltiples pantallas del gran pupitre, al contacto de un mando se iluminó para reflejar el bólido en el que Nekor y el profesor Noah se desplazaban hacia una de las cúpulas de salida situada en uno de los extremos del núcleo de residencias oficiales.

—Dentro de muy poco el bólido estallará —explicó Gorky.

—Una excelente idea, Gorky, como todas las tuyas —aduló el profesor Sonher—. ¿Explosivo corriente?

—Una carga antigua conectada a los propulsores del bólido. Estalla en cuanto el vehículo se detiene. No puede fallar. Y esa clase de carga permitirá acusar al extranjero.

El bólido no se detendría hasta la puerta exterior de la cúpula que estaba ya muy próxima.

El piloto no esperaba aquella clase de atentado y permanecía con los sentidos en tensión tratando de averiguar el lugar de donde podía surgir el ataque.

A sus ocho sentidos trató de sumar los últimos experimentados.

Algo le alertaba del peligro y presentía que ese peligro estaba próximo, que lo tenía materialmente encima.

—No consigo «ver» claro, profesor —murmuró.

La cúpula estaba a la vuelta. El recorrido a realizar podía tener la duración máxima de treinta segundos terrícolas dada la velocidad extraordinaria del bólido.

Cuando frenara deteniéndose en seco surgiría la explosión que volatilizaría a los humanoides.

Gorky y Sonher seguían atentos a la pantalla.

El imaginario secundario iba corriendo y los puntos que faltaban para llegar al final del trayecto eran ya sólo veintiocho.

Veinticuatro, veintitrés, veintidós...

La cúpula estaba allí mismo, y Nekor tendía ya la mano al indicador del freno.

Veinte puntos faltaban a la aguja imaginaria.

Y el piloto tenía la sensación del peligro inmediato. Una sensación cada vez más concreta, pero aún imposible de precisar.

Quince segundos, catorce.

La mano derecha del piloto se aferró al freno.

Abajo a ras de suelo, sonaban las sirenas de los vehículos de los guardianes que seguían dominando la ciudad.

Ya nadie rondaba por el exterior, todos se habían encerrado en sus residencias por miedo.

En cada casa, cada miembro temía ser el próximo destinado a los experimentos.

Diez segundos.

—El peligro... Sé que está cerca... ¿Dónde?

—También trato de captarlo, Nekor, pero no acierto. De veras, no acierto —adujo el profesor.

Ocho segundos, siete.

En un punto de la caja del bólido, una composición química sujeta convenientemente haría su reacción tan pronto como el bólido frenara.

Seis segundos, cinco...

—No tiene salvación —murmuró el profesor Sonher—. Sólo pueden salir del bólido frenando. Y cuando hagan eso... ¡Je! Tu idea ha sido en verdad brillante —siguió adulando.

Cuatro segundos.

Tres...

Dos...

Uno...

Ce...

CAPITULO X

La mano de Nekor había comenzado a accionar la palanca cuando de pronto una súbita vision le contuvo.

—¡Salte, profesor!

—¿Qué?

—¡Salte!

Noah comprendió en el acto. No hizo más preguntas y saltó del vehículo en marcha.

Su cuerpo rodó sobre el corredor elevado.

Tras el profesor, Nekor se tiró también y el vehículo sin control saltó al llegar a la siguiente curva.

Era la zona deshabitada. Nadie corría peligro.

El bólido chocó contra el suelo. El golpe frenó la marcha y entonces se produjo el estallido.

Todo ello pudo ser seguido por Gorky a través de la pantalla.

—¡Maldito! ¡Maldito! —exclamó—. Se ha dado cuenta. No comprendo cómo...

Sonher sí que empezaba a comprenderlo.

—Se trata de... Lo está consiguiendo.

—¿Qué?

—La captación del pensamiento. ¡Existe! Yo siempre lo he sostenido, Gorky. ¡Existe!

Gorky no escuchaba. A través de un transmisor dictó órdenes.

—Quiero a los guardianes a mi presencia. Bozno y Kloster. De prisa. Los guardianes Bozno y Kloster.

Poco después los dos agentes citados por Gorky comparecieron ante él.

—Ya conocen las instrucciones. Esto va también para el profesor

Noah. No debéis fallar esta vez. No me importan los procedimientos. Les quiero muertos.

Los agentes asintieron. La culpa del fallo anterior no había sido suya. Después de todo no existió fallo en verdad, únicamente premonición de Nekor en el último segundo.

Y los guardianes salieron dispuestos a cumplir la orden ultra-secreta.

Mientras tanto el piloto y el profesor descendían por una de las plataformas automáticas en las que era posible bajar desde la cumbre de los edificios hasta el nivel del suelo.

—¿Se encuentra bien, Noah? —preguntó Nekor.

—Sí, sí. Ha sido un golpe sin importancia —repuso el profesor.

—Bien. Lo he pensado mejor, iré en busca de Zoila. Usted siga hasta el descampado. En el interior del cráter está Lauman.

—Puedo captarle perfectamente. Ahora ya no tengo problemas. La «línea» funciona muy clara. Es como estar en comunicación directa y permanente.

Y Gorky una vez más estaba al tanto de la conversación, a través del receptor.

—¡Zoila! —exclamó el Jefe Supremo del habitáculo— Es una buena idea. Es mejor que también se reúna con esos conspiradores. ¡La guardia!

Dos nuevos agentes se presentaron al Jefe Supremo que les dio la orden tajante:

—Traigan a Zoila a mi presencia. A ella la quiero viva.

Y mientras, Nekor se había separado ya del profesor Noah volvía a la plataforma elevadora.

Los guardias Bozno y Kloster, utilizaron los bólidos interiores del edificio de mando.

Los vehículos que alcanzaban la velocidad terrícola de los mil kilómetros por hora, se deslizaron silenciosos por los corredores subterráneos.

Bastaba fijar el rumbo para que el control automático guiara los bólidos sin intervención directa de quien conducía.

Así los dos guardias llegaron hasta el sótano del edificio en cuya cúpula se hallaba Zoila.

Saltaron del bólide para meterse en la plataforma elevadora.

En aquel instante, el Jefe de los K especiales, Nekor había llegado ya al corredor elevado.

A falta de vehículo tenía que llegar hasta la cúpula de Zoila corriendo.

Y corrió con la velocidad que caracterizaba a los moradores del habitáculo.

Raudo como el viento devoraba la distancia presintiendo el peligro de Zoila.

Era un peligro inconcreto, pero estaba latente. Imaginaba a la hembra en un serio peligro inminente.

La plataforma elevadora que transportaba a los dos guardias ascendía rápidamente.

La velocidad mecánica más potente que la humanoide ganó la partida.

Los guardias llegaron a la cúpula y recorrieron el breve corredor, mientras a Nekor le quedaba todavía un buen trecho.

Mentalmente, Nekor pensaba:

«¡No abras, Zoila, no abras!»

Ahora veía más claro. «Veía» el peligro. Sabía de la presencia de los guardias.

Redobló sus fuerzas en el intento de poder salvar a la hija del profesor Noah.

Los guardias se hallaban ante la puerta acristalada de la cúpula.

Uno comunicó al otro:

—Hay que «fundirla».

Para librarse del obstáculo que la puerta representaba bastaba con utilizar los pequeños revólveres de rayos.

Y la nueva fórmula de la Amplificación de luz mediante la emisión estimulada de radiación aplicada a las armas, emitía el rayo

que perforaba cualquiera de los cuerpos conocidos.

Una ligera presión bastó para que se abriera un boquete que fue creciendo de tamaño cuando ya los guardias estaban dentro de la cúpula.

Zoila, sin ser una iniciada en el sentido de la premonición comprendió que venían por ella.

Trató de escapar utilizando la salida que comunicaba con otro de las galerías exteriores.

—¡Alto! —gritó uno de los guardias.

Había sacado el pequeño revólver nuevamente, pero el otro le recordó:

—El Jefe Supremo ha dicho que la quiere viva.

Entretanto, el piloto Nekor estaba ya a punto de alcanzar la entrada principal de la cúpula.

—¡Zoila! ¡Zoila! —la llamó de viva voz.

«Sabía» que su tiempo había llegado al límite y hasta hubiera podido predecir que en aquellos momentos los dos guardianes habían atenazado a la hembra.

Y así era.

Zoila trató de debatirse para escapar de las garras de los dos sicarios del Jefe Supremo, pero era ya tarde,

—¡Salgamos! ¡De prisa!

Corrieron hacia la plataforma para descender hasta el subterráneo.

Cuando Nekor llegó a la cúpula y vio el boquete comprobó que su presentimiento era cierto. Se le habían anticipado.

* * *

El profesor Noah había dado con el escondrijo de la nave de Lauman.

La presentación de los dos científicos no necesitó de intermediarios, y además tampoco fue necesaria.

Sin haberse visto jamás antes de entonces «se conocían». Se habían comunicado a través de sus respectivos cerebros haciendo uso del extraordinario sentido telepático.

—Es tal como lo imaginaba —dijo Noah.

—Sí. Yo también, profesor —repuso Lauman.

Cuanto les rodeaba, en aquellos instantes parecía carecer de todo valor. Era un encuentro importante, trascendental. Significaba la posibilidad de un intercambio de ideas, de técnicas. Algo grandioso a pesar de las circunstancias por las que atravesaba el habitáculo.

Con el lenguaje del intelecto se comprendían a la perfección.

—Sí, Lauman. Nuestro Jefe es un dictador, un tirano, pero no ha sido el único. Es descendiente de los que convirtieron nuestro habitáculo en lo que es. Bien cierto que hemos alcanzado un grado de perfección muy encomiable, pero estamos estancados.

—Lo imagino —repuso Lauman.

—La única preocupación de Gorky son las armas, la defensa. Pero lo que él llama defensa, no es más que un ansia destructora hacia todo posible hermano del cosmos. Un extranjero es considerado un enemigo por antonomasia. No admite diálogo alguno. Con nuestros semejantes del satélite que destruimos ocurrió lo mismo.

—Desgraciadamente la codicia humanoide es común en toda la galaxia. Tuve el ejemplo en mi propio habitáculo, Sibelius. Allí se ha vuelto a la forma primitiva de vida. Las mutaciones han vuelto a su fase inicial. Yo mismo y todos mis compañeros somos extraños en nuestro propio planeta. En la relatividad del tiempo en el espacio hemos conseguido sobrevivir. No sabemos hasta cuándo, ni siquiera si nos dará tiempo para fundar una nueva sociedad para procurar preservarla de los errores propios.

—Todos soñamos esa sociedad mejor.

—Siento que no pueda ser ésta. Habría que conquistarla por la fuerza y hace tiempo decidimos desterrar la violencia, a menos de ser atacados.

—¡Oh! ¡Mi hija! —terció de pronto, Noah—. La han apresado. Lo sé. Nekor ha llegado tarde. ¿Qué puedo hacer?

—Temo que muy poco —repuso Lauman.

—Tengo que salvarla. Presiento que Gorky quiere obligarme a salir.

—De poco serviría. La matará a ella también.

—¿Es eso lo que «ve» usted?

—Sí, Noah... Lo veo... Pero usted tiene que ser el primero... Y después Nekor. Es la condición.

—No consigo «traducirlo» —repuso Noah concentrado.

—No se esfuerce. Puede haber una posibilidad. Una lucha entre Nekor y Gorky. Una lucha letal. Pero no consigo ver quien es el vencedor. Aunque sí sé que la vida de Zoila está íntimamente ligada a la del piloto. Si él sucumbiera...

Dejó la continuación en el aire, pero Noah comprendió perfectamente.

CAPITULO XI

Nekor había utilizado los pasadizos del subsuelo para aproximarse al edificio del mando supremo.

Su desventaja con Gorky, consistía en que el Jefe Supremo a través del receptor podía detectar su situación.

«Sabía» donde se encontraba y había dado las instrucciones para rodearle.

—No le matéis, si opone resistencia. El nos llevará hasta Noah y hasta ese extranjero —habían sido las órdenes del último momento.

Nekor utilizó el elevador para subir hasta la cúpula. La plataforma se detuvo en el intermedio.

Entonces vio a un nutrido grupo de guardias avanzando hacia él.

Trató de escapar para llegar hasta una de las rampas, pero se encontró que el camino había sido cortado por otros guardias.

Se revolvió y comprobó que a su espalda marchaba otra escuadra de sicarios de Gorky.

Sacó su revólver de reglamento, pero una voz le advirtió:

—Te eliminaremos si utilizas las armas. Son las órdenes, piloto Nekor.

Eran muchos, demasiados y todos tenían los revólveres dispuestos a abatirle, a reducirle a un montón de cenizas.

—Tira tu arma —le advirtieron.

Nekor tuvo que obedecer en medio del nutrido grupo de sicarios que le tenían totalmente rodeado.

Poco después se hallaba en presencia de Gorky.

El Jefe Supremo del habitáculo adoptó un aire triunfal pocas veces puesto de manifiesto.

Temía demasiado a Nekor para considerar fácil su captura, pero ahora lo había conseguido y estaba a su merced.

Gorky le hizo pasar a la sala contigua. Era la que destinaba para

castigos personales. Era la pequeña de las varias cámaras que rodeaban la cúpula principal, y allí, en el centro, atada con cuerdas metálicas a una extraña silla se hallaba Zoila.

—¡Zoila! —exclamó el piloto.

Nekor era de los pocos que sabía perfectamente la clase de castigos que podían ser utilizados por el Jefe Supremo.

Aquella silla podía ser la muerte para quien se sentara en ella.

Un techo metálico expresamente bajo dejaba al descubierto varios orificios como cañones de revólver que apuntaban a diversos puntos del Ser allí sentado. Bastaba la presión de un botón para ir eliminando partes del cuerpo que quedaban volatilizadas.

El suplicio era peor que el fuego y la víctima sufría con la pérdida de cada nuevo miembro hasta el último momento de su vida.

Un orificio vivificador mantenía despierto al sujeto víctima de tortura para que el dolor no le privara de los sentidos.

—Dime dónde están Noah y el extranjero. ¡Habla, o haré funcionar el primer botón!

—Nunca creí que fuera capaz de eso, Jefe Gorky. Tenían razón quienes le consideraban un Ser monstruoso.

—¡Y eres tú el que habla! Tú... que hubieses sido uno de los que viven y vegetan a ras de suelo. ¡Tú! Quien gracias a mí te he encumbrado. Incluso te había ofrecido mi cetro supremo. Y me has desobedecido, Has dudado. No. Las computadoras tienen razón. Los cerebros son los que eligen acertadamente. Tu sitio no está en el Poder, y ahora ya no está en ninguna parte. Porque morirás también, pero primero verás cómo ella sufre si no me obedeces. ¡Vamos! ¿Dónde están?

—¡No lo digas, Nekor! Matará a mi padre y entonces ya nadie podrá salvar nuestro habitáculo.

Rabioso Gorky apretó un botón.

Ella soltó un grito horripilante. Su ropa quedó totalmente volatilizada.

Las radiaciones la hicieron desaparecer por completo quemando el cuerpo de la hembra.

La ligera presión, producía quemaduras terribles, si se mantenía la presión las radiaciones atomizaban por completo, pero Gorky no quería eso. Le bastaba con procurar el martirio y que Nekor se diese cuenta de ello.

Nekor no pudo contenerse y se abalanzó hacia el que hasta entonces había sido su protector.

Utilizó la fuerza de su antebrazo para derribarlo, pero en seguida se encontró con seis miembros de la guardia personal del tirano amenazándole con sus revólveres.

—¡No! ¡Aún no! Pagaré caro lo que ha hecho. Lo pagaré muy caro.

Ayudado a levantarse volvió hacia el pupitre.

—Tú serás testigo de la mayor tortura que haya podido aplicarse a un Ser.

La venganza de Gorky iba destinada en principio hacia la hembra.

—Le arrancaré la epidermis porción a porción. Dejaré a Zoila sólo con el tejido carnoso. La oirás gritar pidiendo una muerte rápida, pero seguiré pulsando los botones y pulgada a pulgada verás quemarse su cuerpo. Pero no lo haré de una manera rápida. ¡No! La dejaremos descansar para que sufra. Esto durará noches y noches.

—Eres vengativo, Gorky. Vengativo e indigno de vivir entre humanoides que se tienen por casi perfectos. Si tu guardia no estuviera compuesta por seres demasiado asustados para razonar con lucidez, se volvería contra ti. Porque están protegiendo a un monstruo.

—¡Cállate! —gritó Gorky ya junto al pupitre.

Pulsó un botón.

El grito de la hembra pareció retumbar por todo el sólido edificio.

Su piel desnuda comenzó a cambiar de color. Era el principio del derretimiento producido por aquellas terribles radiaciones.

—¡Basta! ¡Déjala! —gritó el piloto.

Su voz coincidió con la llamada a través del receptor.

—*Hemos dado con la nave extranjera* —dijo alguien de viva voz a través del aparato.

—¿Dónde está? —preguntó Gorky soltando el botón.

Nekor observó cómo al cesar la radiación Zoila mostraba la piel ligeramente ennegrecida, pero la tenía aún.

Ella dejó de gemir, mientras Gorky era informado del emplazamiento de la nave.

—Obligadles a venir. Si se niegan, matadlos, a los dos y guardad esa nave. Luego mandaré a los técnicos.

El hallazgo de los dos científicos demoró el castigo. Y entretanto...

* * *

Lauman había sentido el peligro antes de que los guardias rodearan el cráter.

—Entre, Noah —había dicho a su colega. Se encerraron en la nave y el ex primer profesor del habitáculo hizo saber a Lauman:

—De poco va a servir. Lanzarán sus rayos.

—Sí, Noah. Los lanzarán. Pero tal vez tengamos suerte.

—Su poder destructivo es total.

—Sí. Lo imagino, pero... Veo algo... No. No se esfuerce, Noah. Usted no puede comprenderlo. Esperemos a ver. Quiero decirle sin embargo que el sentido de la premonición no es totalmente exacto, puede fallar como fallan otros sentidos. Por ejemplo a veces nos engañan los ojos, o el tacto y hasta confundimos un aroma... Pero no sé... Creo que... ¡Espere! Ya están aquí.

Los primeros guardias de las diversas escuadras que se habían reunido para rodear la nave asomaron al cráter.

—¡Salgan! —hizo saber uno de viva voz—. Salgan o les haremos desaparecer.

—¿Qué dice? —preguntó Lauman a su colega.

—Nos da un ultimátum.

—No se preocupe. Dígale que dispare esos rayos.

Noah cambió una mirada con su colega.

—Sí. Es peligroso, lo sé. Pero pienso en la nave de Nekor. Un simple contacto con el planeta Sibeliuss bastó para agrietarla. Material muy liviano en aquellas latitudes. Ustedes tienen armas poderosas, para destruir sus materias. Pero no olvide que mi nave fue construida en Sibeliuss, donde las piedras son más duras que el metal de las naves de ustedes.

—¡Mire! —exclamó Noah.

Mientras Lauman había estado dando su explicación, varios guardias echaban los rayos sobre la nave.

El poderoso fuego parecía rebotar sobre el metal. Noah asombrado y convencido exclamó:

—¡Tenía razón, Lauman! ¡Tenía razón! Nuestras armas no pueden contra su nave.

Pero aquello no cambiaba la situación, porque Gorky seguía teniendo dos importantes rehenes para obligar por lo menos a Noah a comparecer ante su presencia.

CAPITULO XII

Gorky montó en cólera al recibir la noticia.

—¡No puede ser! ¡Nuestro rayo es el más poderoso!

—Cuán equivocado ha estado siempre, Jefe Gorky —adujo Nekor—. Su lema ha sido el triunfalismo. Nunca se ha preocupado de averiguar otros sistemas. Ha preferido destruirlos. Ahora sé también porqué desautorizó al profesor Noah. Había llegado demasiado lejos en sus experimentos. Hubiera sido más que usted y esto es algo que su orgullo no puede permitir. Quiere que todos le crean infalible y es el Ser más equivocado del habitáculo.

—Esto no mejora tu situación, Nekor. Ni la de ella. Moriréis.

Inmediatamente pasó la orden a través del transmisor:

—Decídselo a Noah y al extranjero. Nekor y Zoila morirán si no se entregan.

Pero al mismo tiempo llegó la voz de Noah que desde la nave traducía las palabras que le dictaba Lauman.

Al mismo tiempo una pantalla reflejaba la imagen de la nave extranjera inmune a los rayos del habitáculo recorrer lentamente las cúpulas hasta detenerse por completo en el vacío, sobre uno de los edificios.

—Escucha, Gorky. Sé que mi sacrificio no salvaría ni a mi hija ni a Nekor, y no me entregaré. Pero antes de tomar ninguna decisión observa la cúpula sobre la que nos hallamos. Es un edificio deshabitado. Mi colega Lauman va a hacerte una demostración del poder de sus armas mucho más poderosas que las nuestras. Nadie va a morir. El edificio quedará devuelto a la nada.

Y sin más dilación, un cañón surgió de la parte posterior de la nave redonda.

No surgió rayo alguno.

La voz del profesor explicó:

—Actúa por ondas invisibles, letales. Mira.

El edificio desapareció por completo.

Gorky mostró su sorpresa, pero antes de que pudiera hablar, Noah volvió a tomar la palabra.

—Deja en libertad a Zoila y a Nekor. Si no lo haces, haremos desaparecer tu cúpula. Sí. Ellos morirán, pero tú también con ellos, Gorky.

—¡No podéis obligarme! —gritó Gorky que por primera vez era consciente de su impotencia.

—Mi colega Lauman es hombre pacífico. No quiere la muerte. Si sueltas a tus prisioneros nada te ocurrirá. La única condición es que entregues el poder. Se buscará al humanoide idóneo para regir los destinos del habitáculo. No habrá represalias de ninguna clase.

—No me convenceréis. ¡Soy el Jefe Supremo! ¡Intocable en mi puesto si no es mi voluntad quien decide!

—Entonces si hay otros inocentes en el edificio hazlos salir. Adiós hija. Siento poder hacer tan poco por ti.

Pero mientras el profesor hablaba de viva voz, su pensamiento interrogaba a Lauman.

—¿Lo has conseguido?

Y Lauman respondía:

—Sí. Ahora lo veo. Están en una cámara. Zoila en una silla. Hay un pupitre.

—Transmite. Transmite a Nekor y ojalá te oiga. Necesitamos tiempo.

Y Lauman se esforzó cuanto pudo para desarrollar aquél que su colega llamaba el décimo sentido.

Se esforzó para que las ondas de su pensamiento llegaran hasta el cerebro del piloto.

«Estamos tratando de ganar tiempo... estamos tratando de ganar tiempo... Sálvala y sálvate... Tienes que luchar con Gorky... Esto tiene que suceder... Tiene que suceder... Lucha con él. Lucha y no temas por Zoila, mientras luchéis a ella no le ocurrirá nada...»

El piloto «sentía» algo inconcreto. Veía a Gorky pendiente de la pantalla, pero la guardia estaba allí, encañonándole con aquellas armas que si para la nave extranjera resultaban impotentes eran

terriblemente eficaces contra cualquier materia del habitáculo.

Noah continuaba con su intento de seguir ganando tiempo.

—Trata de razonar por una vez, Gorky. Lauman no viene en plan de invasor. Es un Ser mejor que nosotros. Proviene de un planeta en el que se alcanzó la máxima perfección.

Y por su parte, Lauman trataba desesperadamente de *comunicar* con Nekor.

Nekor dio un paso adelante y vio cómo todas las armas se movían en su dirección.

El piloto pensaba que si moría, ya nada podría salvar a la hija del profesor.

Se fijó en el pupitre. Estaba a poca distancia. Si pudiera desconectarlo.

«Eso está bien, Nekor —trató de influenciarle Lauman a distancia—. Desconéctalo. Desconéctalo. ¡Oh, Nekor! Lo único que no puedo garantizarte es la vida, pero en tus manos está la de Zoila.»

Y Nekor tomando un tremendo impulso corrió hacia el pupitre.

—¡Eh! —gritó uno de los guardias.

Su rápida carrera sorprendió a todos.

Surgieron varios rayos de las armas cuando ya Gorky se revolvió.

Nekor llegó hasta el pupitre a tiempo y se agazapó.

—¡No disparéis! No quiero que destruyáis nada de lo que hay aquí, escuadra de ineptos.

La mano del piloto buscó ansiosa la palanca de desconectado. La encontró. Al lado estaba el botón correspondiente para desatar, o desenganchar el correaje metálico que soltaba a Zoila. Lo pulsó primero y seguidamente tiró la palanca para desconectar totalmente el pupitre.

Los sicarios corrían para rodearle.

—¡Huye, Zoila! ¡Huye! Tu padre y Lauman te salvarán.

Ella dudó unos momentos, pero optó por salir, perseguida por algunos guardias.

Nekor saltó sobre ellos como un alud y derribó a los tres primeros.

—¡Sentadlo a la silla! ¡Sentadlo a él! —ordenó Gorky.

Pero Nekor se había incorporado ya y sus antebrazos golpeaban sin cesar empleándose con dureza.

Gorky avanzó hacia el pupitre y volvió a conectarlo. Al mismo tiempo pulsó la palanca que decía «Total».

Quien quiera que se sentara en la fatídica silla se quemaría por completo por un fuego imposible de comparar con el de los viejos tiempos terrícolas. Un fuego lento que concluiría con la destrucción total del Ser.

Nekor se deshizo de otro par de guardianes que le impedían el paso, aunque en realidad no deseaba salir sino dar tiempo a Zoila para que continuara su dramática huida.

Y ella, a través del corredor elevado corría al límite de sus fuerzas.

Lauman dirigió la nave hacia una de las bifurcaciones del corredor, en el punto donde al desviarse por cuatro conductos se ensanchaba lo suficiente para permitir que el bólido se aproximara sin chocar contra los remates de los edificios.

Y desde lo alto Noah murmuró:

—¿Qué hace Nekor ahora?

—Lucha con la guardia.

Y en efecto, la pelea continuaba, pero Gorky estaba dispuesto a terminarla.

—¡Toda la guardia, aquí! —ordenó.

Nekor volvió la mirada hacia el corredor y observó que la hija del profesor estaba cerca del bólido, una escalera mecánica había surgido de la parte baja del aparato.

Los dos únicos guardianes que habían conseguido salir en pos de ella, ya no podían hacer nada por alcanzarla.

—¡Rápido, hija! —gritó.

La escalera sin embargo no llegaba hasta el corredor.

—Un poco más bajo, Lauman. Dese prisa.

Algo se había encasquillado en la nave que quedó inmóvil sin descender lo necesario.

—¡De prisa!

Los guardias que habían desistido de correr comprendieron que todavía podían alcanzarla y sacaron sus respectivas armas.

—¡La van a matar!

Lauman repuso:

—¡Sólo Nekor puede impedirlo, Noah! Tiene que suceder. Cuando las cosas tienen que suceder es imposible detenerlas o variarlas. No se puede cambiar el futuro porque no existe. Pasado, presente, futuro, todo es la misma cosa.

Los guardianes apuntaron hacia la muchacha.

—No dispaes —dijo uno—. El Jefe Supremo es quien debe decirlo.

Y en aquellos momentos el Jefe Supremo se aproximó al transmisor, tras observar la posibilidad de la huida de Zoila.

Iba a dar la orden.

CAPITULO XIII

Nekor tuvo una visión fugaz. No fue una premonición, pero sí el inicio del dominio de aquel décimo sentido.

Se quitó de encima al guardia que intentaba atacarle y saltó felinamente hacia Gorky.

Le derribó con su empujón, y el Jefe Supremo ya no pudo dar la orden, porque lo que necesitaba en aquellos momentos era defenderse. Se incorporó rápidamente, pero el piloto le estaba esperando y le derribó nuevamente golpeándole con el antebrazo.

Saltó de nuevo sobre él y ambos rodaron por el suelo.

—¡La pelea! —exclamó Lauman—, Ahora todo depende de quien la decida a su favor.

Los dos guardianes habían sujetado a la hija de Noah. La obligaron a regresar a rastras.

—¡Vamos, vamos!

Ella se debatía entre los dos hombres.

Lauman luchaba con la nave para intentar bajarla lo suficiente.

El profesor asomó por la escalerilla.

—¡Métase dentro! —aconsejó Lauman.

—Es mi hija. Ahora sí puedo intentar salvarla.

Llegó al último peldaño de la escalera mecánica y saltó.

Ya no era muy ágil y tardó ligeramente en reaccionar después de la caída desde una distancia terrícola estimable en cuatro metros de altura.

—¡Vuelva!

Los dos guardianes percibieron las voces y se volvieron.

—¡El profesor! —dijo uno.

—¡Cuida de ella! ¡Voy a apresarle! —espetó el otro.

Y el guardia corrió hacia Noah.

En la cúpula la pelea entre Gorky y el piloto proseguía, Los de la guardia no osaban intervenir. Ni con las armas, por temor a herir al Jefe Supremo, ni con las manos, porque la lucha se llevaba a un ritmo rápido y el cuerpo a cuerpo entre los dos contendientes era constante.

Gorky se mostró muy hábil al lograr propinar dos buenos golpes que aproximaron a Nekor a la silla.

Se avalanzó de nuevo sobre él y Nekor paró un golpe, para sujetar al Jefe Supremo y voltearle.

Ahora la lucha estaba al lado de la «silla».

Gorky vio la posibilidad de «sentar» a su rival y trató de golpearle en el cuello.

Nekor esquivó, tirando a la vez de él. No se había percatado del peligro, pero Gorky sí.

Y Gorky al sentirse impelido hacia la silla gritó. Gritó con todas sus fuerzas.

Sus manos se agitaron, trataron de desviar el rumbo de su cuerpo, pero irremisiblemente tuvieron que sujetarse a los brazos de la «silla».

Una fuerza terrible lo atrajo hacia ella.

Las radiaciones a pleno funcionamiento comenzaron a actuar.

—¡Aaaaah! —El grito horripilante de Gorky paralizó a los testigos de la escena.

Sus manos y sus brazos comenzaron a ennegrecerse. Su ropa había desaparecido ya del cuerpo.

No podía huir de aquella trampa mortal, y el fuego devastador llegó hasta su cuerpo que aun sin hallarse sentado le había alcanzado.

Su posición grotesca, medio arrodillado sobre aquel mecanismo de tortura imprimía mayor patetismo a la escena. Gorky parecía estar pidiendo clemencia a una máquina que aunque alguien la detuviera ya era tarde para reparar el daño.

Partes del cuerpo del dictador iban desapareciendo lentamente. Le faltaban ya los brazos y la tortura se había concentrado a las extremidades inferiores.

Era un martirio calculado. Una máquina construida para mayor refinamiento de quien la pusiera en movimiento. Su eficacia la estaba probando ahora Gorky en los últimos largos instantes de su vida.

El piloto desconectó el pupitre, pero el fuego había prendido ya en aquel cuerpo torturado y proseguía su tarea destructiva.

Los gritos de Gorky continuaban.

El guardia que sujetaba a Zoila la soltó y ella salió corriendo. También el otro guardia sintió como si algo le paralizara todo el cuerpo.

Los gritos retumbaban por una amplia zona.

Y la hija del profesor se reunió con su padre. Se abrazaron, mientras Lauman había localizado el fallo y hacía descender el vehículo espacial sin utilizar la escalera. Ya no había peligro porque con el fin de Gorky que seguía gritando la vida entera del habitáculo parecía haberse paralizado.

Por fin, los últimos miembros vitales del dictador fueron consumidos.

En la silla no quedó nada.

Nekor todavía observaba horripilado aquella máquina de tortura cuando la previsión del peligro llegó demasiado tarde.

A su espalda, convenientemente armado, apareció el profesor Sonher.

—Esto no cambia las cosas, piloto Nekor. Nadie dominará este habitáculo. Ningún extranjero pisará sobre él. ¡Vamos! Ve delante.

* * *

—¿Qué pasa? —inquirió Zoila—. ¿Por qué no sale Nekor?

Lauman y Noah cambiaron una mirada. Ambos «veían» lo que estaba ocurriendo.

Sonher había sumido en la inconsciencia al piloto.

Sujeto por dos guardianes le había introducido un somnífero en las venas.

—Ponedlo dentro —ordenó.

Y Nekor fue introducido en la cámara desmaterializadora.

—¿Por qué le obedece la guardia? —preguntó Lauman.

—El Primer Profesor del Mando Supremo es igual a cualquiera de los miembros de la Primera Serie. Tienen que ser obedecidos ciegamente —explicó Noah.

—¡Papá! —exclamó Zoila—. Si Sonher lo desmaterializa morirá. Ninguno ha vuelto. Tú lo sabes, Sálvale, papá. Tú sabes cómo funciona esa máquina.

—Cuidado, colega —previno el otro— Es peligroso.

—No me importa lo que vea, Lauman. Nekor ha salvado a mi hija. Tengo que hacer algo por él.

Sonher comenzó a accionar los mandos de la pantalla. Era una copia exacta de la que había ideado y construido Noah. La diferencia estaba en que Sonher ignoraba algunos puntos importantes de su funcionamiento.

La silueta de Nekor pasó por los distintos cambios. El color marcaba cada estado distinto, hasta que su cuerpo se volvió traslucido y los vasos sanguíneos fueron difuminándose.

Luego desapareció.

Las células vivientes eran lo que quedaba del cuerpo del piloto. Pero Nekor podía pensar. Tenía capacidad de hacerlo. No sabía dónde se encontraba. Las células de su cerebro discurrían y el sentido de la visión, aunque desaparecido le hacía intuir su propio cuerpo vagando por algún lugar ignoto.

Estaba allí y estaba en pleno espacio.

Pero aquella situación no podía durar. No podía durar. Era extremadamente peligrosa aunque él no pudiera advertir el peligro inmediato en que se encontraba.

Y entonces, cuando las radiaciones de la pantalla marcaban el punto límite en las células cerebrales, se dibujó «la línea». La línea del décimo sentido y «vivo». Vio con absoluta claridad múltiples sucesos del porvenir.

El radar cerebral y la premonición completa.

Noah lo advirtió:

—¡Lo ha conseguido! ¡Me transmito con él! —exclamó el profesor, entrando ya en la cúpula.

La guardia se hallaba indecisa. Muerto el Jefe Supremo no había órdenes válidas acerca de lo que hacer con Noah.

Y el profesor seguía avanzando, captando perfectamente la «línea» del piloto.

De pronto ambos «chocaron» en el mismo punto.

Un peligro inmediato amenazaba el habitáculo.

«Los supervivientes del satélite destruido». «Los humanoides conocidos por los Cinios.»

Los radares dieron la alarma después de que tanto las células de Nekor y el décimo sentido del profesor hubiese detectado el peligro.

Pero el piloto estaba en las últimas posibilidades de volver a materializarse.

Y mientras una escuadra de naves del Satélite comenzaba ya a atacar.

CAPITULO XIV

—¡Quieto, Sonher, quieto! Nuestro habitáculo está en peligro de ser destruido. Es necesario materializar a Nekor.

—¡No se acerque! ¡Prendedlo! —ordenó Sonher a los dos guardianes de su laboratorio.

Pero Noah retrocedió y sacó un revólver.

—Nunca he utilizado esto, Sonher. No creo en la violencia. Pero si tuviera que elegir entre la muerte de Nekor y la suya, no vacilaría. Usted sería el primero. Diga a los guardias que salgan de aquí. Y usted retírese. Yo le enseñaré cómo se maneja esto.

—¡No, Noah! Aunque dispare... Nekor también morirá.

—No sea obstinado. Nekor no le ha hecho ningún daño.

—No se acerque, Noah. Destruiré la pantalla antes...

—¿Por qué, Sonher, por qué?

—Porque he esperado mucho tiempo una oportunidad. Usted era el número uno, tenía todos los privilegios. En cambio yo tuve que conformarme con un puesto de segunda fila. Ahora era mi oportunidad y usted y los suyos pretenden estropearla.

—Comprendo. Usted fingía aceptar los resultados que el cerebro calificador facilitaba, pero en el fondo no creía en ello. Fingía. Todos fingían. Todos odiaban el sistema y las personas, pero tenían miedo. Eso es lo que ha reinado en nuestro habitáculo durante tantas épocas, el miedo. Un miedo cervical al propio sistema y esto es lo que pretendemos cambiar, pero sin sangre. ¿Comprende, Sonher? No habrá venganzas, sólo una nueva vida más racional. Si es que queda algo cuando los Cinios se hayan marchado.

Sí, porque mientras sucedía esa escena en la cúpula de Sonher, el ataque de los humanoides del satélite se acentuaba. Las defensas del habitáculo habían entrado en funcionamiento, pero la gente actuaba sin un control eficaz. Los pilotos de los K especiales echaban de menos la iniciativa de Nekor que seguía desmaterializado, en los últimos instantes del límite tolerado. Luego las células vagarían por el espacio eternamente.

Noah se aproximaba lentamente al pupitre de la pantalla.

—¡No! —gritó su colega con una mano en la palanca que significaría poner los mecanismos a la última tensión. La máquina quedaría destruida y las posibilidades de Nekor quedarían reducidas.

Pero Nekor había hecho algo importante. Algo que tal vez nadie llegaría a saber.

Con su poder había mandado la llamada de socorro a los compañeros de Lauman que seguían en Sibeliuss.

Sibeliuss estaba lejos, pero una vez más la relatividad del tiempo había quedado demostrada.

¡Y las naves estaban allí!

—¿Qué es esto? —inquirió desde el bólido Zoila.

—¡Mis compañeros! —explicó Lauman—. Creo que ya sé lo que ha sucedido. Sí. Han sido avisados.

Las naves patrullaban sobre las cúpulas entre el continuo cruce de rayos destructores.

Dos edificios se consumían a consecuencia de los impactos recibidos.

Noah se detuvo.

—¡No, Sonher! No haga esto.

Pero Sonher sonreía malevolamente.

—Es inútil. Es inútil.

Su mano iba a realizar la maniobra final.

Entonces surgió el rayo.

Un rayo perdido escapado de uno de los bólidos atacantes atravesó el cristal de la cúpula.

Todo el cuerpo de Sonher se volvió rojo, luego amarillo, negro al fin, y desapareció.

El profesor Noah se apresuró a tomar los mandos de la pantalla.

Interiormente transmitía.

—En seguida te materializaré, Nekor. En seguida. Si supieras aguantar... ¡Espera!

Desesperadamente accionó los controles.

Las células del piloto casi habían perdido la capacidad de pensar y de transmitir.

Pero algo le comunicaba que el habitáculo estaba a salvo.

¡Y lo estaba!

Fue Lauman quien intentó penetrar en los cerebros del jefe de la escuadra atacante.

Algunos bólidos habían caído alcanzados por los rayos, pero a cambio otros edificios estaban destruidos.

—Desde ahora este habitáculo estará abierto a todos. Cesad vuestra lucha. Sé que tenéis motivos para vengaros, aunque jamás deberían existir motivos para una venganza. Ahora escuchadme. Os habla un extranjero como vosotros. Sé que en este habitáculo reinará de ahora en adelante una coexistencia pacífica. Por favor, deponed vuestras armas. Ya habéis visto que podemos pasearnos en medio de vuestros rayos sin peligro. Somos más poderosos que vuestras armas, sin embargo, no os hemos atacado, ni pensamos hacerlo, porque el auténtico poder no reside en el armamento; hay otras cosas, la sabiduría por ejemplo.

Lauman estaba seguro de haber inculcado sus pensamientos a los atacantes.

A ras de suelo, los bólidos de sus compañeros se hallaban alineados.

En lo alto atacantes y defensores dejaron de pelear.

La respuesta del jefe de los Cinios fue:

—Tendrás la respuesta quien quiera que seas.

De momento se produjo una tregua.

Pero aquello no cambiaba las cosas para Nekor que seguía desmaterializado antes los esfuerzos del profesor para devolverle a su presencia normal.

CAPITULO XV

Zoila ya no podía esperar más. Corrió hacia la cúpula y poco después se hallaba junto a su padre.

Los dos guardianes también estaban pendientes de los trabajos de Noah. Quizá en su interior también deseaban aquella paz que podía emanar de la nueva época de vida en el habitáculo.

Sí. Ellos deseaban la «vuelta» de Nekor.

—¡Ha sido él, papá! —murmuró Zoila—. El ha hecho venir a los compañeros de Lauman. Su presencia ha intimidado a los Cinios.

—Sí, hija, lo sé. Lo sé.

—¿Hay posibilidades?

—Espero que sí, sin embargo. Esta pantalla no es en todo igual a la mía. Hay algunos cambios. El retorno se hace más lento... más lento.

Con manos hábiles iba pulsando botones, accionando palancas, avanzando y retrocediendo manivelas, mientras a través de la pantalla las células perdían fuerza. Luego lentamente parecían transformarse.

A ras de suelo, los vehículos espaciales Cinios se alineaban haciendo saber que regresaban en son de paz.

—Necesitamos parlamentar —dijo el jefe.

—Aguarden. El único que a mi entender está capacitado para ello es el profesor Noah y está muy ocupado. Aguarden.

Las naves de uno y otro bando se hallaban frente a frente. También las del habitáculo permanecían a la expectativa a uno de los lados de la gran explanada a las afueras del núcleo urbano.

Y a través de la pantalla, las células habían desaparecido totalmente. Una sinfonía de colores las había reemplazado.

—¡Padre! —exclamó Zoila.

—No estoy seguro, pero... creo que ya está conseguido.

¡La pantalla comenzó a siluetear a Nekor! ¡Estaba salvado!

—¿Yo...? —empezó Noah.

Los primeros jefes de las respectivas especialidades estaban junto al profesor.

—Todos coincidimos en que usted nos represente, profesor. El habitáculo necesita un hombre sabio e inteligente para la nueva etapa que vamos a vivir. Hable con los Cinios.

Noah estaba emocionado y esto no era frecuente en el habitáculo.

Poco a poco la gente había salido de sus casas. Todos intuían la nueva alba que estaba a punto de alumbrar en el habitáculo, un alba de paz.

La muerte del cacique había sido como la rotura de las cadenas de la opresión. Todos se sentían más libres.

Y Noah habló a los Cinios.

—¡Sed bienvenidos! ¡Que no haya rencillas! Desde ahora colaboraremos todos juntos.

Un abrazo de bienvenida para el jefe de los Cinios selló el pacto. Luego Noah se volvió hacia Lauman. No tuvieron necesidad de hablar para entenderse.

—Sí —dijo Noah—. Usted y yo colaboraremos juntos.

Nekor que había permanecido al lado de Zoila avanzó y preguntó en son de protesta.

—¿Y yo?

—Tú has logrado ya el décimo sentido —repuso Noah—. Nosotros seguiremos estudiándolo y esto no me permitiría atender las necesidades del habitáculo. Creo que tú serás el gobernante que la sociedad necesita. Joven, inteligente y con buena experiencia.

—¡Padre! —protestó ahora Zoila—. Si él gobierna no podremos... Bueno, habíamos pensado unirnos.

Fue el piloto quien contestó:

—Descuida, Zoila. Si acepto, mi primera orden será abolir esa norma que prohibía la unión con hembra del Jefe Supremo.

—Bueno... supongo que tendrás que abolir más normas, hijo — sonrió Noah.

—Sí. Y lo primero será convocar una reunión del Consejo. Desde ahora las cosas que se decidan lo serán por unanimidad y con el consentimiento de todos los habitantes.

El presagio de una Era mejor se había adueñado de las gentes. El habitáculo entero se convirtió en una fiesta.

Lauman se reunió con los suyos y dijo:

—Habrá que empezar a trabajar. Construiremos nuevos módulos para vivir, siguiendo la forma arquitectónica de 2, la que será nuestra nueva patria.

El piloto amigo de Nekor, que pretendía ser científico hablaba ya con Noah.

—Profesor. Me gustaría poder ayudarles.

—Claro que sí. Desde ahora todos podrán elegir lo que prefieran ser.

Nekor y Zoila se alejaban a pie por uno de los altos corredores.

—¿Sabes, Zoila? Este es el principio de una nueva sociedad. De una nueva forma de hacer las cosas. Pero no es nueva. Nada es nuevo. Lo «veo» sabes... Lo «veo». Han existido, existen y existirán nuevos habitáculos que han pasado por lo mismo que nosotros. Pero dudo de que en ninguno se haya alcanzado lo que entendemos por perfección.

—¿Todo eso... lo ves? —preguntó ella.

—Sí.

—Tendrás que iniciarme en la captación del décimo sentido, Nekor.

—¡Oh, es muy fácil! Mira, se trata de... —se interrumpió y la miró fijamente.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no sigues? —inquirió ella.

—Es que... «veo» lo que estás pensando y me gusta. Me gusta mucho.

—¡Nekor! No podré guardar ningún secreto.

—No, querida Zoila. No tendremos ningún secreto.

—Estoy en desventaja.

—Te enseñaré, Zoila... pero sigue pensando esto... que pensabas...
Sigues pensando que me quieres mucho.

—Y que no quiero separarme nunca de tu lado —añadió ella.

Se abrazaron.

—Me gusta como piensas.

—Nekor... ¿Crees que esto que estamos diciendo... también es antiguo?

—El amor, querida Zoila, es lo más antiguo y lo único indestructible de verdad.

Y sus siluetas se recortaron sobre el límpido firmamento azul.
Seguían abrazados, silenciosos.

FIN